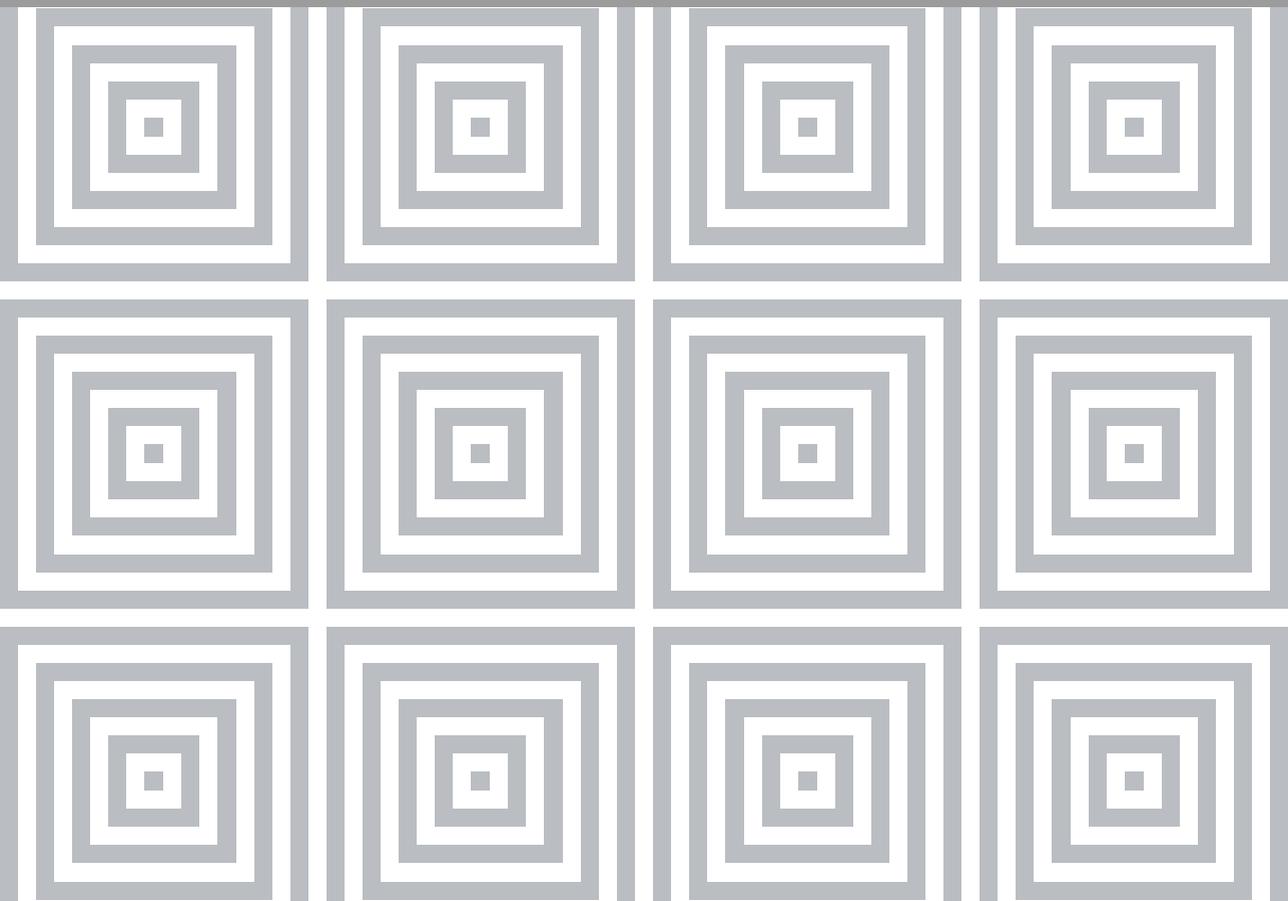


IV | La madre



La madre popular llega a nosotros, después de haber pasado por todos los avatares de una historia que se remonta a los primeros años de la incursión española en las tierras que hoy caen dentro de los límites de una nación llamada Venezuela, como centro único de la estructura familiar, hacia el que se dirigen y en el que se concentran todos los vínculos que de ella emanan y a ella vuelven de sus hijos y sólo de ellos, omniabarcante de la vida de los hijos, pero también como mujer-sin-hombre, mujer-sin-pareja, madre-sin-padre, ni el propio ni el de sus hijos. «No conocí —pausa— mi padre», son las palabras con que Felicia empieza su historia-de-vida.

Felicia nos servirá como ejemplo y modelo ejemplar para comprender desde dentro de su vivencia y práctica a la madre popular venezolana.

Ella es una mujer del pueblo cuya historia-de-vida, comentada y estudiada por quienes investigamos en el CIP, como parte de nuestros estudios sobre familia y pueblo, ha sido publicada por el Conicit, en el año 1998, bajo el título *Historia-de-vida de Felicia Valera*.

Cuando, terminada la narración de la historia, en la entrevista de cierre (p. 224), le pregunto por lo bueno que le han dejado los hombres que ha tenido, me responde que sólo malos recuerdos. Insisto en preguntarle no por lo malo sino por lo bueno que le han dejado. No encuentra nada. Ni siquiera se le ocurre que le han dejado nueve hijos. Tengo yo que sugerírselo: —«A que te dejaron los hijos». Responde: —«Por supuesto». Y no añade nada más. No hay padres en su horizonte. Familia-sin-padre.

Hombre, pareja, padre, son las carencias; hijos, la presencia.

En cuanto producto de la historia y la cultura, la mujer adulta, se comprende desde este primer significado: sola-de-hombre, llena-de-hijo. Es el primer acceso a su practicarse en la vida: madre. A este primer significado, práctica primera de la mujer en la familia matricentrada, lo he llamado la *madredad*. Es un acontecimiento tan raigal, tan pleno y, al mismo tiempo, tan concreto, aunque compartido en cultura y por lo mismo general, que el clásico término maternidad me resulta demasiado abstracto y esquemático. La madredad es, pues, el núcleo constitutivo y dinámico del vivirse y vivir en el mundo como mujer para la venezolana popular, no el género ni la femineidad. Felicia lo dice muy claramente. En la conversación sobre su propia historia-de-vida con el grupo de investigación (p. 310), le planteo:

AM. En esta historia, no aparece Felicia, aparece Felicia madre de hijos. O sea, si tú no eres madre, no eres tú. Es lo que aparece aquí.

Felicia. (Asiente con la cabeza) —Claro.

AM. No me hagas el gesto, dilo para que quede grabado.

Felicia. Sí, yo... es que así tiene que ser.

En este sentido, puede afirmarse que en el pueblo venezolano no se da la mujer sino la madre. Mujer implica distinción, diferenciación —y por tanto, separación, individualidad— del hombre y, por lo mismo, autosuficiencia. En el mundo-de-vida popular, lo autosuficiente es la *gestalt* familia, la inseparable trama madre-hijos. En esa trama, la mujer es primero hija y luego, sin solución de continuidad, madre. No hay espacio para la mujer-género ni para la mujer-individuo. Hija y madre son y viven sólo en cuanto relaciones, relaciones vivientes. La realización de la mujer, para servirme de un concepto muy actual, no está en su identificación consigo misma sino en la actualización de todas sus potencialidades en cuanto relación matricéntrica. El hijo, a su vez, en esa relación se realiza y en la trama relacional se realiza la familia. Todas las necesidades de la madre y de los hijos se satisfacen ahí: seguridad, afecto sólido y prolongado, protección, reconocimiento y aceptación, dignidad y consideración, comunicación e intercambio, así como las económicas fundamentales. Ahí reside la plenitud de la vida.

AM. ¿Pero a ti se te hubiera ocurrido alguna vez irte? (dejar a la familia, como el hombre).

Felicia. No. No podía aunque quisiera. Si yo lo hubiese querido, lo hubiese hecho, pero no lo quise; yo estaba por mis hijos. Vivo por mis hijos y vivo para ellos (p. 312).

110

Habrá que insistir en ese «no podía aunque quisiera». La estructura de una realidad, cualquiera ella sea, no puede ser negada, pues si lo es esa realidad deja de ser ella, de existir en cuanto tal. La madre venezolana no puede, literalmente, dejar su madredad a un lado porque pierde su propio existir.

La madeja de relaciones que se implican en el modelo familia matricentrada es muy compleja. En los párrafos siguientes voy a ir desenredándola, poniendo en ella un orden que la haga comprensible para quienes no la viven y para quienes, viviéndola, no se la representan, dejando siempre en claro que todo orden será sobreimpuesto y, por lo mismo, sólo aceptable en cuanto intento de acceso a la realidad en un lenguaje que no es el suyo propio, pues su propio lenguaje no tiene aún carta de ciudadanía en la lengua lógico-occidental del discurso académico.

De los datos que poseemos, la pareja como institución real, no parece haber sido producida en nuestra cultura si se considera el predominio de la familia matricentrada, en cuyo marco está totalmente ausente. La pareja, en términos de mínima exigencia, implica la convivencia continuada por un tiempo lo suficientemente largo como para que tanto el hombre como la mujer intervengan, compartiendo funciones y responsabilidades, en la crianza de los hijos comunes a ambos. La pareja, además, cumple con la finalidad de satisfacer las necesidades básicas, económicas, sociales, afectivas, etc., de uno y otro miembro. Estos miem-

bros pueden cambiar a lo largo del tiempo una o varias veces; no será eso probablemente lo ideal, pero para que exista la pareja como institución cultural, es suficiente que el hombre y la mujer se autoperciban como orientados a vivir en común y pongan en esa forma de vida lo esencial de su realización como seres humanos. En los hechos, las necesidades básicas de la mujer, cuya satisfacción ordinariamente se espera estén en la pareja, no tienen solución de satisfacción por esa vía. ¿Hacia dónde orientar esa satisfacción frustrada? Hacia el hijo. Sólo en él hallarán cumplimiento las necesidades de seguridad, de afecto sólido y prolongado, económicas, de protección, de reconocimiento y aceptación, de dignidad y consideración, de comunicación e intercambio.

La trama de la existencia, anterior a ella, le tiene ya asignada una función determinante a la mujer, la de mujer-madre, términos indisolubles cuya unión es en realidad innecesaria y redundante, sinónimos que se repiten, binomio aparente, monomio real.

El vínculo con el hijo es el vínculo inevitable, impuesto por la misma naturaleza, único capaz de sustituir a ese otro vínculo evitable, y además culturalmente imposible, con un hombre, extraño e igual, vínculo que no es impuesto por ninguna naturaleza sino que depende de una decisión mutua que en los hechos no se da.

El vínculo con el hijo—varón o hembra, por ahora no hago distinciones—adquiere así por la fuerza de la realidad sutiles rasgos incestuosos en lo psicológico y en lo social que, a veces, pero siempre como excepción, pasan a ser también sexuales cuando del hijo varón se trata. Éste es el vínculo que ocupa el espacio de la pareja. A preservarlo, reforzarlo, mantenerlo, a prolongarlo incambiado en el tiempo, para toda la vida, encamina su función materna la mujer. De mil formas, sutiles unas, más explícitas otras, la madre forma al hijo para que sea siempre-su-hijo, diferenciando muy claramente mediante prácticas ancestralmente ancladas y transmitidas de generación en generación, al varón de la hembra. Uno y otra vivirán el vínculo con la madre, de distinta manera durante toda su vida.

Ella nunca se vivirá como mujer pura y simple, en una sexualidad autónoma, uno de cuyos aspectos puede ser la maternidad. Su autodefinición no será la de mujer, en ese sentido, sino la de madre. Su identificación sexual consiste en ser cuerpo-materno. La madredad la define de-su-sexo, delimita su feminidad y la realiza en lo sustancial.

En la historia-de-vida de Felicia Valera, aparece (pp. 35 y ss.) la marca «mi mamá» como indispensable para comprender todo lo que desde el principio narra.

La madre es, en un primer momento, fuente de información encubridora sobre la existencia y la persona del padre de Felicia. Las únicas informaciones sobre el padre vienen de la madre. Felicia sabe de él a través de la madre, esto es, conoce al padre que su madre le presenta, el que ella quiere que Felicia conozca:

que murió, que la embarazó y que la dejó embarazada. Ésta es la primera presencia del padre desde la madre: ausente, no sólo desde la muerte sino desde antes, procreador y abandonante.

Felicia dice: «... mi mamá me decía que ella cuando estuvo con él, la dejó embarazada de mi tercera hermana». La sintaxis es a todas luces incorrecta. ¿Se trata sólo de incorrección de lenguaje o hay que pensar que el sentido mismo de alguna manera la exige, o por lo menos ofrece las condiciones de posibilidad para ese error? Se vuelve a encontrar el mismo error en una expresión muy parecida y en referencia a una experiencia equivalente, esta vez de la misma Felicia. El error consiste en que aparecen dos sujetos, ambos activos, de una misma acción que, tal como lo indica el sentido de la expresión, no es ejecutada sino por uno de ellos; el otro, en el sentido, la padece, pero en la expresión lingüística aparece como ejecutante que se retira para dejar paso al verdadero sujeto activo y, sin embargo, queda como el sujeto principal. Lingüísticamente la expresión es confusa. Para entenderla, hay que suprimir uno de los sujetos y reformularla. Sin embargo, fuera del puro lenguaje, tiene significado. Hay de hecho dos sujetos: uno principal, la madre, y uno subordinado, el marido. Ella es el sujeto verdadero del lenguaje: el que habla, sobre todo, y la que *está con*. En este *estar con él* de la madre, el marido ejecuta su propia acción, subsidiaria, de embarazarse y otra, original propia: dejar, esto es, retirarse, alejarse, que es lo propiamente activo, pues dejar es más interrumpir una acción que ejecutarla. La actividad del sujeto marido es así más negativa que positiva, más un no hacer que un hacer. Es un sujeto que no es ni activo ni pasivo, un sujeto que se retira; entra en el hecho no como actuante sino como retirante. El sentido lo desplaza como sujeto mientras el lenguaje lo ubica sintácticamente como el sujeto emergente que desplaza al sujeto-madre y se apodera de la acción. Este marido, convertido en figura del lenguaje pero borrado como figura del sentido, es a la vez el padre de Felicia construido por su madre.

La madre de Felicia actúa recalando y confirmando la ausencia del padre.

La trama familiar del padre y la de la madre son externas la una a la otra. En la historia de Felicia la trama del padre se pierde, la que desarrolla es la trama de la madre durante toda su vida.

Hasta ahora la madre es quien aporta los datos de la historia no vivida por Felicia. El anclaje con su pasado se lo da la madre; es así, un anclaje que tiene la determinación que le da la madre. La historia es construida por la madre con los datos que ella quiere. Así, cuando Felicia pregunta por su padre y la familia de él, la madre le responde sobre ella y sobre su red, «esto es lo que te interesa saber», parece decirle. Su padre es sólo una referencia instrumental para la madre haber tenido «mi tercera hermana», otra hija de la madre.

Está aquí expuesto lo que pudiera ser una regla: cómo se entrena a la hija para ver al varón. ¿Qué te interesa saber de lo que es padre? ¿Para qué sirve un padre? Para que la madre tenga hijos. Lo que la madre le ofrece de la historia del padre es sólo aquello que a Felicia le interesa también saber para lo que a ella le va a pasar; sería parte de la iniciación en el vivirse mujer. ¿Será la vivencia del varón una vivencia de utilización?

He aquí cómo, si bien al principio parece que va a ser el padre a partir de su ausencia el sujeto de toda la escena, a la postre será la madre, el verdadero sujeto que domina la escena y el escenario.

Todo lo familiar es de la madre. Así, cuando a Felicia, en la entrevista de cierre, se le pregunta por la casa donde vivían su mamá y ella, hace un cambio significativo: responde con «la casa de» su mamá. La casa es de la madre. Si a un venezolano se le pregunta a dónde va cuando va a su casa de origen, dirá: «a la casa de mi mamá». Si se le pregunta por el cuarto de la casa, dirá: «el cuarto de mi mamá». Si por la cama: «la cama de mi mamá», y así por cualquier espacio familiar de la casa. A la pregunta por cuál sería el puesto de su papá en la casa, responderá que el garaje, el carro, un cuarto de instrumentos para jardín, o donde se guardan co-rotos en general y en el caso de profesionales puede ser un despacho, un escritorio, una biblioteca, nunca un espacio perteneciente a la vida propiamente de familia, al nudo-familia. Ése es exclusivo de la madre.

Es la madre asimismo el centro del nudo de hermanos. Cuando habla de sus hermanos (catorce) ella se ubica como una de los de su mamá; se trata de una familia-de-madre, los hermanos están hermanados en la madre. Existen los hermanos y se vivencian como hermanos en cuanto existe la madre. Nos enteramos de que existen los hermanos, pero la historia está narrada desde ella y su mamá, como si ella fuera hija única de su mamá. La fuente de información es siempre la madre. Al narrar, Felicia hace un interesante cambio de sujeto. Comienza con un «nosotros», pero no termina la oración. Pasa inmediatamente a: «mi mamá dice». La madre es el verdadero y único sujeto de la familia de hermanos. Ni de ella ni de los catorce hermanos hay referencia ninguna a los padres. La única referencia es a la madre: «yo vengo siendo de mi madre...», «porque mi mamá, mi mamá incluye...». La familia de Felicia está claramente formada por la madre y los hijos de ella. Los padres no tienen significación propiamente familiar. Sabemos que son varios.

La madre conecta a los hijos con la rama materna de la familia, la rama paterna significa poco o nada, a diferencia de lo que hemos visto en la historia-de-vida de Belén. Felicia, en un determinado momento de su infancia, tiene la experiencia de conocer por primera vez un camión y montarse en él. La primera reacción es de susto y negación. El tío materno es el que acaba por convencerla de

montarse en el vehículo y experimentarlo. Ella ha vivido hasta ahora en un mundo coherente consigo mismo, en el que todo forma un horizonte de sentido en el cual cada elemento, cada vivencia, cada relación son comprensibles y manejables en una trama de significados. Hasta ahora ha sido el único mundo pensable y experimentable. El camión es la aparición violenta de algo totalmente fuera de toda posibilidad inmediata de iniciar, en Felicia, un proceso de significación. De aquí el susto y el retraimiento. El camión es la presentación de otro sistema de significación, totalmente extraño, externo, al suyo, la presentación de otro mundo con sus propios códigos, su propia coherencia, sus propias claves de comprensión. Dos mundos, no necesariamente enfrentados pero sí incomunicados e incommunicables desde la vivencia de Felicia. Ahora bien, ella ingresa a este otro mundo de la mano humana de su familia materna. Es por vía materna, por la red familiar de la madre, como hasta ahora se ha enfrentado a la vida y como enfrenta esta nueva experiencia. En todo momento las informaciones que necesita para orientarse en la vida las busca siempre entre mujeres (y mujeres madres). A los hombres recurre cuando no hay una mujer disponible. Accede al mundo no en forma individual, en solitario, sino desde el sistema relacional familiar. Es la seguridad provista por la trama familiar lo que le permite superar el temor que le produce este otro mundo y negociar con él los puntos de encuentro y las relaciones de coexistencia.

También el trabajo aparece como integrado a la propia estructura del ser madre. Trabajo variado: de atención a los hijos, productivo para la subsistencia, por cuenta propia en lo estrictamente familiar, por cuenta ajena. El día entero de la mamá es un día de trabajo, una continuidad sólo interrumpida por el sueño. La niña va siendo introducida, con mucho tacto y con suavidad, como lo narra Felicia, a ese ámbito del trabajo en la vida. Cuando se está despierto, hay que estar haciendo algo. Es el trabajo de cada momento. El trabajo no tiene un tiempo propio porque no tiene una razón estrictamente productiva, de producción de riqueza. Es trabajo-para-vivir. El trabajo no tiene sentido en cuanto trabajo puro. Su sentido está en la vida de la familia. Y la vida de la familia está centrada en la madre. Por eso la madre trabaja todo el tiempo. Pero la familia es madre-hijos. El trabajo de la madre se sitúa, por tanto, en esa relación estructural que constituye el ser de la familia. Los trabajos, atribuidos supuestamente por la tradición a los hombres, a los padres, tales como los del conuco, los realiza la madre. Por eso, y en ese sentido, es padre y madre a la vez. No en cuanto el padre tenga un puesto en la familia que debe ser suplido, dada su ausencia, por la madre, sino en cuanto que la función de proveedor la asume la madre.

Puesto que la madre asume la función del padre, éste no hace falta. Sin embargo, en la hija hay una necesidad afectiva de padre que la induce a insistir en la

demanda. La madre resulta ser incapaz de borrar totalmente la necesidad de padre. En realidad no hace de padre, sino que duplica su función de madre puesto que no va a hacer las tareas supletorias a lo paterno sino a lo materno. En la familia ocupará el lugar del padre, pero siendo siempre madre. De este modo la función-padre, en cuanto tal, desaparece. No hay lugar para la paternidad. Todo el espacio está ocupado por la madredad. La padredad no es posible.

El trabajo de la madre es un trabajo en soledad. No en soledad de relaciones familiares, pues siempre está materialmente acompañada por la hija y los otros hijos aunque no siempre estén presentes, y afectiva y vivencialmente por todos los hijos por los cuales tiene sentido el trabajo. La madre se concibe como madre-trabajo-en-soledad.

Felicia está sola en los primeros momentos de su infancia con la mamá, pero la mamá trabaja para todos los hijos. Sin embargo, es ella quien acompaña a su madre y dice: «porque las dos somos solas». No es cierto que sean solas las dos; hay una gran cantidad de hermanos. En primer lugar, esos otros hermanos están al cuidado de los familiares maternos. Es en la red familiar en la que puede vivirse la vida. Sin ella no se puede vivir la vida. La viabilidad de la familia matricentrada está asegurada por la red de toda la familia materna. El mundo-de-vida ha previsto los recursos. Éste es el grave problema que se le presenta a la familia matricentrada en las zonas de los barrios y en el sistema económico actual: la madre ni puede trabajar acompañada por los hijos ni puede dejarlos al cuidado de los familiares porque todos los adultos trabajan lejos del hogar. Se diría que empieza a fallar la madre, pero en realidad no es ella la que falla sino que el sistema moderno no le permite resolver un problema que la cultura popular tenía resuelto en su propio espacio.

La soledad en el trabajo, por otra parte, implica otro sentido que no es el del trabajo y el de la ubicación sino el de la condición inherente al ser mujer. La niña debe aprender que cuando sea madre tiene que considerarse como sola, sin el padre, para poder ser madre de sus hijos. Se trata del proceso de formación de la hija como mujer-nudo familiar, papel del que forma parte fundamental el trabajo en soledad.

Ahora bien, la madre no sólo trabaja sino que, en el trabajo, pasa trabajo. Trabajar y pasar trabajo van unidos pero no son la misma cosa. De hecho, Felicia no dice: «lo mucho que trabajó mi madre», sino: «el trabajo que pasó mi madre», aunque también ha dicho lo mucho que trabajó. Trabaja y pasa trabajo en su condición de ser madre, de ser responsable de la totalidad-familia. Pero la palabra responsabilidad no aparece. Quizás responsabilidad, que significa responder por, es un término demasiado abstracto y general y lo concreto y particular sea: pasar trabajo por.

En la historia-de-vida de Juana (la anciana) la descripción del pasar trabajo es realmente dolorosa, narración que sólo una madre venezolana puede hacer. La pobreza más dolorosa es la que se produce por el abandono: mientras el hombre gana algo de dinero en los ajustes, las hijas y ella trabajando andan desnudas.

La madre sufrida ante los hijos es una de las prácticas fundamentales. La desnudez es el extremo del no tener y de presentarse ante el hijo como la totalmente despojada, lo que desencadena en el hijo el total rechazo hacia el padre: «Deje a ese hombre, mamá, porque la va a matar ese perro». Las hijas y los hijos toman actitudes distintas ante la madre. Las hijas acompañan y auxilian, los hijos la cuidan y piden que deje al hombre. La madre sólo cuenta con los hijos y con su fuerza: «Nos vamos sin papá, nos vamos sin nada, no me pida, y míralo no más...». El marido está entre las cosas que dejan. Ramón será el padre de unos hijos y el padrastro de otros, rechazado tanto por Juana como por los hijastros de él. Aunque en la vivencia de Juana no entra la pareja por ningún lado hay cierto lamento o inseguridad al irse sin papá y sin nada...

Todos los primeros pasajes de la historia-de-vida de Felicia constituyen la narración de una lucha: la lucha entre la madre ocultante, evasora, que poco a poco va perdiendo terreno, soltando migajas de información para ver si Felicia se contenta con ellas y no sigue insistiendo, y la hija que no cesa hasta conseguir lo que busca y lo que busca es el conocimiento de su propio padre. Serán otras madres, no implicadas en la relación-familiar de Felicia, quienes le darán la información más completa. En su propia madre sólo encontrará la persistencia de la norma. Las migajas de información se reducen a esto: ausente. Es otra manera de repetir el mandato: ausente, y por tanto, no te interesa. La norma se revela, ahora, más completa; no sólo: no sepas, sino: no te intereses por tu papá; él no significa nada para ti.

En un determinado momento Felicia no pregunta por su papá sino por el padre de sus hermanos, entre los que se incluye; pregunta por un nosotros. La madre la centra en ella misma como si fuera hija única. En la madre, la imagen del padre es como padre de cada hijo. Ella lo asume e insiste. La madre aleja al padre cuanto puede y clausura la posibilidad de ir a su encuentro. Esto es una constante en la historia de Felicia: la madre niega al padre. Para Felicia tener un padre implica que esté, que esté con ella. Por eso encerrará todo el significado del relato en una frase muy plástica: «Decir papá, yo no tuve eso».

El padre es, pues, una ausencia, una ausencia muy presente, un vacío que necesita ser llenado pero que no puede serlo, de modo que, a fin de cuentas, el vacío permanece como vacío de un «eso»; hasta su cualidad de persona se borra por la permanente presencia de su inextinguible ausencia. La madredad presente se dedica a mantenerlo fuera. La madre exorciza permanentemente la presencia

del padre como persona. Está muy claro en la historia de Felicia lo que por otras vías sabemos de la familia matricentrada: ausencia presente de padre y madre; presencia ocultadora, negadora de la presencia del padre; hijidad paterna imposible en busca de presencia y sentido, esto es, vivenciación de la ausencia de padre en la comunidad-cultura.

Juana, en su historia-de-vida, narra cómo la madre lleva a todos sus hijos a donde está el padre con otra mujer:

Hasta un día que nosotros salimos, agarramos al más pequeñito, bueno mijito vamos a ir donde está tu papá, pero que no me esté metiendo mentira sabiendo que a mí me da rabia eso y aquí nos metimos pa' donde está papá, sí señor, eso hizo mi mamá y dijo:

—¡Ay, Ramón Hernández!, lo que yo quería saber...

Los mecanismos que usa la madre para sacar al padre de la familia son múltiples. Uno de ellos es destruyendo la imagen que el hijo pueda tener de él. Suena duro, pero así se práctica. Desde esta destrucción podemos comprender la ruptura con el hombre que para los hijos es el padre, pero para ella es un hombre y nada más.

Procreador y abandonante, proveedor sustituible, alguien a quien hay que mantener ausente, se perfila como la representación del padre que predomina entre las madres de la familia popular y que es, al mismo tiempo, la representación que transmiten a las hijas en el proceso de su iniciación al vivirse como mujeres.

Esta representación-imagen es una norma a la que es necesario someterse. La norma tiene la fuerza de un mandato que no es dictado solamente por la madre particular de cada cual sino por todo un mundo-de-vida y una cultura.

Lo vemos con claridad en la historia de Felicia cuando narra cómo a pesar de su insistencia su madre persiste en negarle el conocimiento del padre. Es precisamente el asumir al padre como fundamentalmente procreador lo que la imposibilita para traerlo a la presencia. ¿Qué hace que la madre de Felicia se oponga tanto a anunciarle el padre? No puede decirle quién es su padre porque simplemente no lo conoce; la embarazó unas veces y eso es todo. No lo conoció nunca como persona ni como padre de sus hijos sino solamente como embarazador de ella. Es padre de sus hijos por una circunstancia y como circunstancia lo conoce, se lo representa y lo nombra. Es conocido y pensado como instrumento circunstancial.

Esto no sólo posibilita sino que hace necesaria la negación. Siendo una circunstancia, un tránsito nada más, simplemente no tiene existencia real, vivencialmente significativa y, por tanto, verdadera. Negarlo no es algo premeditado, intencionado de por sí, sino la consecuencia de querer decir su verdad; no algo

que está en el pensamiento y la intención, en primer lugar, sino en el discurrir mismo de la realidad, en el mismo vivenciar la vida.

La ausencia del padre, ahora como proveedor, es presentada por la madre como la causa de la frustración del deseo de Felicia de ir a la escuela. Así se explica un rasgo en la imagen materna del padre que ya estaba explícito desde el principio: culpable.

Cuando Felicia le pregunta a Ernesta, otra mujer de su padre, y hace el cálculo de cuántos en total son los hijos de su padre, Ernesta responde: «Sí, pero tu papá no me dejó nada». La respuesta, probablemente, está dada para evitar posibles reclamaciones de herencia. En realidad a Ernesta, Juan Núñez, así se llama el padre de Felicia, le dejó unos hijos en cuanto padre. Esto, sin embargo, para ella no cuenta. Lo que podría contar es el algo que le hubiera dejado como proveedor, pues sería en lo único en que podría contar como marido. Cuando en la entrevista que sigue a su historia se le pregunta a Felicia qué le han dejado de bueno los maridos que ha tenido, responde: «Nada, nada». Y le han dejado numerosos hijos. En el fondo, la madre piensa, siente y vivencia que los hijos son totalmente suyos, desde su concepción, como si hubieran nacido sin la intervención del varón, que, por eso, no se los deja.

A través de esta larga inquisición sobre su padre, Felicia es iniciada en algunos aspectos importantes de cómo se es mujer, no a través de enseñanzas directas ni propiamente modelaje expreso, sino en la vivencia misma de lo cotidiano, en el vivir, en la que está incluido el modelaje vivenciado: ser mujer es fundamentalmente ser madre, madre-trabajo-en soledad, formadora única de familia, negadora de padre, sin-pareja, que se sirve del hombre como instrumento circunstancial.

Como desarrollamos más adelante, hay un momento en la vida de Felicia, todavía niña o preadolescente, en el que se rompe la confianza en su madre y ella la abandona para irse a vivir con una hermana, quien en esos momentos expulsa al esposo de su casa y se ocupa de Felicia en otra familia matricentrada en la que no tiene ningún espacio el esposo. En realidad no sabemos cuáles eran las relaciones entre la hermana y su esposo. De hecho funciona la trama familiar materna, la solidaridad entre hermanas, y el esposo es expulsado. De nuevo un padre es alejado al espacio exterior. Reaparece fugazmente por la muerte de su hija. Es la función del padre: desaparecer y, a lo sumo, presentarse de vez en cuando. La familia, madre-hijos, no se desestructura por eso; es lo permanente.

La trama familiar materna cambia de foco sin perder su constitución: la hermana desempeñará para Felicia la función de la madre, iniciando así para ella un período de tránsito, quizás la verdadera adolescencia, de su ser hija a su ser madre; la separación de la madre la encamina ahora a su propia madredad, su paso

a mujer. El proyecto de la cultura se concreta de muchas maneras y por las vías más imprevistas. La cultura actúa puesto que es ante todo práctica.

La madre concreta, biológica, puede ser sustituida, y de hecho lo es con mucha frecuencia, pero existe lo que podríamos llamar una «madre cultural», que es símbolo compartido, vivencia que trasciende a lo particular, práctica de todo un mundo-de-vida, en el que todos los vivientes del mismo coinciden, que se mantiene más allá de cada caso y de cada experiencia y que dota de sentido a ese mismo mundo.

Es ahí, en casa de la hermana, donde Felicia establecerá una relación durable con el que le dará unos hijos. De hija, prácticamente sin transición, pasará a ser madre. Aquí nos interesa sobre todo la expresión de la que ella se sirve, pues en ella se manifiesta no sólo la vivencia personal de Felicia sino el sentido común de la madre popular en el mundo de la familia matricentrada.

Dice Felicia: «Ahí fue donde yo conocí al padre de mis hijos, de mis primeros hijos». Padre de los hijos de ella, no los de él ni los de ambos. El hombre no tiene estructuralmente nada que ver con ella. Tiene que ver con los hijos de ella en cuanto los produce, en cuanto ingrediente indispensable para que ella sea madre, tenga sus hijos. Aunque pueda haberlo querido. El amor no es el fondo del asunto. Es una circunstancia no indispensable y transitoria. El amor de fondo es el de madre-hijo. No es razón para formar pareja o para aparearse. En la formación del apareamiento, que no pareja, intervienen otros factores dictados por el mundo-de-vida-cultura. La atracción de dos jóvenes, el interés del uno por el otro, el amor inicial del cortejo, son descartados por la comunidad-familia-cultura que es la que decide: «... para esos tiempos uno le obedecía mucho a los familiares». El factor decisivo es que esté el hombre en capacidad de proveer. Así, hay un primer candidato que es descartado porque «nunca aporta nada». El segundo es también rechazado por la hermana, no por Felicia en cuanto posible novia, porque: «... ella (la hermana) no me iba a poner a sufrir a mí... por complacerlo a él». Poner a alguien a sufrir, es ponerlo a pasar trabajo —no pasar-trabajo-por, que es lo propio de la madre para con los hijos—, esto es, a vivir en pobreza, en carencia de lo necesario. La frase siguiente: «por complacerlo a él» es también muy clara: en la unión no está implicado el complacimento de la mujer sino el del hombre. Eso es lo que el hombre busca y eso no es razón válida puesto que en ello no coinciden los dos. Por otra parte, no hay razón para complacer simplemente a un extraño.

Las razones, las motivaciones que animan la elección y la manera en que el futuro padre de sus hijos es elegido, van más allá de la vida particular de Felicia y se muestran como componentes comunes de un modo de hacer propio de la centralidad de la madre en la familia popular venezolana y de la función que en ella se atribuye al padre.

El elegido, en efecto, es un hombre que ya tiene hijos —o sea, tiene capacidad procreativa, por tanto puede hacer madre a Felicia—, que posee un carrito de chicha que le «ha dado algo». No importa que le doble la edad ni que el intercambio afectivo esté poco claro. Lo decisivo vienen a ser las dos funciones que es capaz de cumplir: procreador y proveedor. En esta decisión el papel de la madre de Felicia es secundario e intrascendente. Quien la toma es propiamente la hermana, que actúa plenamente como madre subsidiaria. La hermana mayor suele cumplir con mucha frecuencia esa función sustitutiva. El centro de la familia es ciertamente la madre, pero sus funciones pueden ser desempeñadas también por la abuela o la hermana mayor; por toda la cadena de madres de la trama familiar. En el caso de Felicia, la falla de la madre introduce un desorden en el régimen de la cultura. La hermana es la encargada de restituir ese orden. Esto también está previsto en el mundo-de-vida.

Todo su mundo-de-vida lleva a Felicia a realizarse como mujer-madre en su acceso inevitable a la madredad como constitutivo esencial de su persona. Eso le fija una manera singular-comunitaria de vivir al hombre como padre de sus hijos, mas no como pareja.

La verdadera función indispensable del hombre es la de procreador, no la de proveedor que nunca se hace permanente. El desarrollo de la historia-de-vida de Felicia va diseñando un proceso a lo largo de toda ella de progresiva independencia con respecto a la función proveedora del hombre. A medida que se va desarrollando el ejercicio de su madredad, va asumiendo por cuenta propia la provisión de su familia, esto es, sus hijos. Al hombre le va quedando sólo el papel de procreador. Es el proceso que de hecho sigue la mayoría de las madres populares.

Es significativa la representación del hombre que nos presenta la historia-de-vida de Juana (la anciana). También él será hombre sólo en relación con los hijos:

¿Qué será eso? —le dice a una de sus hijas— Eso no es un hombre, chica, eso no es un hombre... Claro, no puedo decir que no es un hombre pero de cosa de hacer niño no es un hombre, no es un hombre que haga eso, pues, eso sí, es un catire fuerte y bien gordo, pero es un viejo. Un hombre que no hace hijos... Pero no es un hombre porque no puede tener muchacho. Sí, pero ese fue un señor que tuvo mucho hijo, tuvo dos matrimonios, y matrimonio ni se dijo, y pa' qué más, tuvo demasiao hijo, mijita, y fue muy mujeriego, cuando estaba en las buenas condiciones.

Al principio del apareamiento, el marido de Felicia cumple, como siempre sucede, su papel de proveedor bastante eficazmente: «me compró una casita... me compró una cocinita, me compró lo que él pudo». Se lo compró a ella, y lo compró él con sus recursos. No lo compraron entre los dos, no sólo porque ella no

tenía medios que poner en común, sino porque una verdadera comunidad de bienes está fuera de las condiciones de posibilidad que ofrece la cultura puesto que tampoco las hay para la pareja ni como realidad, ni como representación, ni como proyecto. No lo compró tampoco para la comunidad de vida de los dos. Si bien los dos disfrutaban la compra, el disfrute en común no es ni su finalidad ni lo constitutivo social de la misma. Los objetos comprados dejan de ser bienes materiales para convertirse en bienes familiares, de la familia, es decir, de madre-hijos. El hombre los usa mientras vive con la familia, no convive ni invive, pero no le pertenecen en el mundo-de-vida-cultura aunque le puedan pertenecer legalmente. Generalmente se ponen a nombre de ella; así un mundo negocia con el otro. Lo legal pertenece a otro mundo-de-vida y no cuenta de hecho en el mundo-de-vida popular. Cuando hay conflicto, generalmente es éste el que prevalece y su prevalencia se logra por vías no legales —no por eso necesariamente ilegales—, tales como el acuerdo, las presiones comunitarias, la solidaridad entre mujeres-madres, en la que toman parte incluso las mujeres de la familia materna del hombre, etc.

La pareja propiamente dicha no está, no tiene ningún lugar, ni en la estructura del mundo-de-vida, ni en la mente de él ni en la mente de ella; no tiene ninguna posibilidad de llegar a ser real. Vivirán juntos dieciséis años, pero la pareja nunca será vivencia profunda ni proyecto.

En la historia-de-vida de la anciana Juana parece que se estableciera una relación de compartir los medios económicos, pero no resulta:

121

El Negro (Ramón) me decía, él me decía:

—Juana, ¿qué te parece? Voy a agarrar un ajuste y más o menos me gano tanto.

Así como las utilidades. Y yo le dije: echa pa'lante, le dije yo, que yo tengo todavía toda mi fuerza viva, yo era un animal, y él no me agradeció eso, y yo pa'lante, pa'lante, yo guardaba, bueno y entonces... Las niñas desnudas... porque Dios sabe que sí es verdad, que estaban...

Cierta comunicación tiene lugar entre ambos. Una comunicación de carácter informativo: ganaré tanto. La respuesta de la mujer ante el beneficio económico del hombre y en fin de cuentas no compartido, es decir que ella también tiene fuerza para trabajar. En ningún momento logra producirse el encuentro para mantener a la familia, no hay una comunidad de bienes propios de la pareja. El beneficio económico del hombre no está orientado a la familia, según lo presenta la mujer, en cambio el de esta última sí.

No hay apertura en la estructura matricentrada que dé lugar a decisiones económicas en pareja. El bienestar familiar es un asunto de la madre, ni de la pareja ni del padre.

Juana logra deshacerse del hombre y se centra en las hijas. Unas hijas que viven pobremente, no tienen para vestirse y se incorporan a las grandes tareas maternas. En esas tareas del campo: sembrar-cosechar y atender animales, era ayudada por los compadres (tal como ella los menciona), que en realidad eran obreros del campo. Esta homologación obrero-compadre ubica a Juana en un contexto relacional. Desde aquí han de entenderse las prácticas productiva y económica.

La unión de Felicia se rompe «por incompreensión de él». El hombre siempre será el culpable. De hecho, mientras fue buen proveedor, los primeros seis años, la relación funcionó. Cuando él dejó de cumplir su función de proveedor, Felicia empezó inmediatamente a pensar en la ruptura. Es la constante en el mundo-de-vida popular y en la familia matricentrada. Las normativas de ley que obligan al mantenimiento de los hijos vienen de otro mundo-de-vida, el moderno oficial, y por ende poseen una eficacia superficial y transitoria. En definitiva, se impone el propio mundo con su propia ética y sus propias normas que son, más que sociales, comunitarias.

Cuando Felicia decide, pues, dejar al marido, dice: «me agarré a mis muchachos». Y recorrió los diez metros que la separaban de la casa de su mamá. Diez metros de viaje físico que implican un vivido humano, un viaje humano mucho más largo y significativo. Un largo viaje humano que conformará toda su vida y regirá y decidirá su también largo viaje en el espacio. La razón de uno y otro se concentra en la frase: «me agarré a mis muchachos». Me-mis: que son los hijos de ella —me-mi— no es cuestionado ni pensado sino pura practicación vivida.

El centrarse ya totalmente en los hijos y vivenciar su vinculación con ellos como un todo realmente matricentrada, excluyendo toda posibilidad de que algún otro, incluso el padre biológico, penetre en ese nudo único relacional madre-hijos, constituye lo que bien podemos considerar como la autonomía de la mujer-madre a la que, desde el momento en que tiene un hijo, ella accede, generalmente sin pasar propiamente por un período propiamente de adolescente.

Todo esto contradice la supuesta pasividad de la mujer y su sometimiento al hombre. En algún momento pudimos oír de boca del apreciado doctor José Luis Vethencourt la siguiente afirmación: «Puede que a lo largo de la historia en Venezuela la mujer haya sido pasiva, pero lo cierto es que la madre ha sido muy activa».

A este punto llega progresivamente. Se diría que el mundo-de-vida también ha previsto el proceso. Cuando el hombre proveedor empieza a fallar, el mundo-cultura pone en marcha los dispositivos equilibradores. La comunidad (los compadres, los vecinos, el cura) sostiene la autonomía de la madre proveyendo apoyo sin dominar ni imponer, dejando a ella la iniciativa y las decisiones.

Me-mis-muchachos constituirá el régimen de toda su historia-de-vida en cuanto constituye todo el sentido tanto hacia el futuro como, retrospectivamente,

al pasado. Este adquiere sentido como recorrido vivido hacia me-mis-muchos, lugar-vivencia-sentido del que cualquier otro mis está excluido empezando por el mis del padre. Nadie más puede pronunciar ese mis. Mis hijos sólo lo puede decir la madre. El puede ha de entenderse estrictamente como condición estructural de posibilidad reservada exclusivamente a la madre. Todo otro que diga mis hijos o miente o lo dice por pura manera de hablar.

En el habla está el mundo-de-vida-cultura y, por lo mismo, el sentido y los significados de la familia matricentrada.

El mundo-de-vida-cultura provee los mecanismos eficaces para que la madre pueda ejercer plenamente su maternidad excluyente. «Me fui pa' donde mi mamá»: no llega una hija, llega una familia, llega una madre con sus hijos inscrita en la sucesión de madres que forma la columna vertebral de la familia. Esta columna está ya fijada —diríamos institucionalizada si esta palabra no tuviera un significado tan formal— por el mundo-de-vida. Ninguna abuela duda en encargarse de los nietos para que la madre de ellos pueda ser plenamente madre, esto es, pueda asumir todas las funciones necesarias para que la familia viva, incluyendo el proveer los recursos necesarios. Si esta función en la tradición oficial le está encomendada al hombre, ninguna mujer parece estar convencida de ello. Sabe que en algún momento de su vida tendrá que asumirla y está preparada para hacerlo. De aquí que se diga que es padre y madre a la vez. Es un dicho, pero no corresponde a la realidad.

La mujer no hace de padre sino que provee como madre. No reserva nada, en primer lugar, para sí; sólo si sobra. En esto ya hay una primera distinción con la manera de proveer que tiene el padre. En este momento se revela, con claridad absoluta, el punto en que Felicia ya es totalmente madre y ha dejado de ser hija. ¿Qué es lo que finalmente le hace romper con su hijidad? La ineluctable necesidad de ser madre total de sus hijos; también de mantenerlos, que era lo único que le faltaba. Es madre y punto. Buscará como sea, pero tiene que resolver ese asunto de ser madre. Esto rompe definitivamente con los restos de la trayectoria de hija que traía. En esto consiste su independencia y su libertad. Independencia y libertad no son propiedades del individuo-Felicia, son estructuras matrirrelacionales.

Insistimos e insistiremos en la historia-de-vida de Felicia porque, como ya hemos dicho, en ella está todo un mundo, toda una familia, toda una conducta que sirve de muestra y paradigma de las estructuras fundamentales, del sentido y de los significados de la práctica de vida compartida por el pueblo venezolano desde las cuales éste se hace comprensible.

De la casa de la madre, poco después, se marcha a trabajar a Barcelona hablando directamente con la que será su patrona, «sin consultarlo con mi mamá». ¿Es la primera vez que no consulta ni siquiera indirectamente? La asunción de su

responsabilidad plena de madre la libera de toda dependencia moral. Ahora las otras madres están para apoyar su maternidad, no para regirla. En su vivir mujer-madre es autónoma. Su mamá intenta todavía, quizás, recordarle que es hija suya y que tiene que contar con ella, pero no halla cómo; recurre al factor económico: «yo no sé cómo vamos a hacer con estos muchachos». El cuidado de ellos no es lo que está en juego sino su manutención. Felicia así lo entiende, y con decisión y eficacia lo resuelve a cuenta de su trabajo.

La conducta de los patronos se enmarca en la relacionalidad tradicional que prescinde de lo contractual, en los hechos, y funciona al modo de lo familiar poniendo incluso a servicio de la maternidad de Felicia los recursos institucionales a los que ellos tienen acceso. Por debajo del mundo oficial, legal e institucional, funciona con eficacia concreta el mundo relacional, mundo-de-vida popular, aun en las clases media y alta.

La relación cotidiana, significativamente, la de tú a tú, es con las mujeres de la casa y no sólo porque se trata del servicio doméstico. El hombre, el señor, será siempre un recurso: para el adelanto del dinero, para el traslado en vehículo, para el pleito legal. La trama relacional, externa a la familia, discurre sobre todo por la vía de las mujeres. Es una constante.

«Tuvo como una responsabilidad grandísima conmigo», dice refiriéndose a un señor que la apoyó en un determinado momento. Lo que como significado nos interesa es el uso del término responsabilidad. La palabra responsabilidad aparece siempre cuando alguien se solidariza con alguien. Por eso es siempre solidaridad con, no para con, como debiera decirse en castellano. La infracción a la lengua es aquí, como casi siempre, no un error sino una precisa adecuación al sentido. La responsabilidad es siempre con personas e implica algo más de fondo que el cumplimiento adecuado de un deber. Puede que el deber esté implicado, pero el foco no está centrado en él. El foco está en una relación humana constitutiva del ser persona que no manda ni exige sino que produce, se diría naturalmente (no en naturaleza sino en humaneza), el trato cuidadoso (de cuidado) y la convivencia solidaria, todo ello sobre un fondo sólidamente afectivo (no sentimental). La infracción a todo esto es la irresponsabilidad.

«Me vio bien vestida, me vio gorda, me vio bonita», dice refiriéndose a su madre. Son todos signos de su éxito como responsable total de sus hijos. Signo de su autonomía, de que no necesita a nadie, a ningún hombre, para hacer vivir a su familia.

El «padre de sus hijos», no lo nombra de otra manera, que en ese momento es policía, tiene uniforme y está integrado a una estructura de poder, por tanto, pretende chantajearla y retirarle los hijos. Ella cuenta cómo sale con sus hijos, la familia entera, a enfrentarse con él en una manera que no puede verse sino como

desafío, segura en su ser familia, sin dudar de su triunfo, «a ver cómo había tomado éllo que yo había hecho», esto es, el haberlo abandonado. Es quizás lo primero que ella, realmente ella, ha hecho y con ello se identifica. La actitud del marido es claramente machista y, desde su machismo, también desafiante, como si esperara que se le viniera a humillar.

Esto se cierra con una frase «mi primer marido nos separamos dejándome unos hijos». Ahí, la misma frase, el sentido de la misma frase se mete en la trama de lo que todos vivimos. «Entonces consigo éste», consigue otro marido y decimos que ella lo construye; ella tiene que construir al marido. Y no tiene cómo. Entonces sí tiene razón de abandonarlo. Ella tiene necesidad de un hombre pareja, pero no puede ni pensarlo. Sí, todavía no de pareja pero sí de un hombre. Tiene la necesidad de que un hombre exista, de un hombre que no sea su hijo. Hasta donde yo he visto, ella ha fungido con los maridos, menos con el primero, como madrastra de ellos, madrastra porque nunca va a ser su madre. Entonces, las actitudes no son las de una madre. Dice en alguna parte: «lo dejé tranquilo; algún día irá a cambiar». Y entonces el hombre se muere, ¿ah? «y lo tuve que enterrar». Enterrarlo sería la función de la madre con el hijo; pero a éste lo «tuve que enterrar». Al hijo no se lo *tiene* que enterrar; se lo entierra sin más, sin obligación de ningún tipo, sin esfuerzo.

La situación—sin trabajo, sin cómo mantener a los hijos—explica su decisión de recuperar al proveedor necesario e irresponsable. Si hubiera tenido resuelto el problema económico, seguramente hubiera actuado de otra manera. Ese «yo tengo que estar contigo» significa: tengo el derecho de exigirte que cumplas con tu papel. Estos mecanismos normalmente fracasan, como le sucede a Felicia.

El fracaso la vuelve a centrar en su autonomía. De nuevo asumirá el papel de madre integral. Estará dispuesta a hacer cualquier trabajo porque: «pensé y dije: yo tengo esta hija aquí y tengo los otros en Urica». También para el marido intenta el mismo argumento: «y estos hijos, ¿qué le vas a decir?». Es un recurso al padre, pero en verdad no hay padre. ¿Cómo va a responder?

Los hijos rigen toda su vida. La vida de todas las madres venezolanas. En todas las historias-de-vida de madres hemos encontrado lo mismo que en Felicia.

Los hijos rigen toda su historia. Así el tiempo. El nacimiento de los hijos marca el tiempo. Cada nacimiento de un hijo señala una etapa en la historia de la madre. Es la secuencia de los acontecimientos de ser-madre lo que constituye la historicidad de la vida. La historia está fundada en la sucesión de los hijos.

La respuesta de Felicia: «yo no quiero de ti». No lo necesita para nada. Tampoco él a ella, en realidad. La mujer abandona al hombre y éste también, en el fondo, desea ser abandonado. Ambos se liberan. Si algo queda, desaparece pronto. En la mujer, sin retaliaciones; en el hombre, con el machismo herido que siempre

intenta alguna venganza. Generalmente ineficaz. Plantear el conflicto por los hijos es uno de esos intentos de venganza, pero no va más allá de una escaramuza en la que el hombre sale derrotado.

De Barcelona a Caracas, buscando trabajo de familia en familia, siempre en la trama relacional de las mujeres. Una motivación fundamental: «yo lo que quiero es ayudar a mis hijos, yo quiero tener mis hijos conmigo». Tener mis hijos conmigo; no: tener a mis hijos conmigo. ¿La supresión de la a, que en castellano debe preceder cuando se trata de personas, es quizás acortar la distancia? ¿Sin la a, «mis hijos» están, quizás, más cerca de «mí»? El uso popular de la lengua es muy sugerente.

Todo lo que hemos venido exponiendo hasta aquí como interpretación comprensiva de la historia de Felicia desde que asume su autonomía, está admirablemente resumido en esta expresión: «Ahí fue donde yo vine rehaciendo mi vida, una responsabilidad muy grande con aquellos hijos». Sabe que su vida ha tomado un rumbo completamente nuevo, se ha rehecho, ha iniciado una nueva vida. La novedad está en «una responsabilidad muy grande con aquellos hijos». Responsabilidad con, en el sentido profundo e integral que ya hemos analizado. En síntesis: vida plena de madre.

Rehacer la vida, por tanto, no tiene el significado bastante corriente de volverse a enamorar.

126

En Caracas rehace su mundo familiar a través del hermano, hijo de un padre distinto al suyo. Ante el hermano asume el papel sustitutivo de la madre. Como su hermana lo hizo con ella. Siempre madre en todas sus más variadas formas y situaciones.

De la casa en la que sirve sólo sabemos sobre la mujer que es una profesora. ¿No había en ella nadie más? Para Felicia, si hubo alguien, no merece el recuerdo. Trama de mujeres. Sus tramas relacionales son: la trama familiar y la trama de mujeres cuando de lo extrafamiliar se trata. Los hombres parecen excluidos de sus tramas relacionales.

Cuando a Felicia se le presenta una nueva oportunidad de formar pareja, se niega. Lo interesante en este caso es la motivación que aduce: «¿voy a tener otro muchacho?» El significado profundo que late en toda mujer del pueblo venezolano es el que Felicia expresa: unirse a un hombre es para tener hijos. El hombre es vivido sobre todo como procreador. No es necesario como proveedor. Si provee, y lo hace al principio, está bien, pero poco importa si no lo hace. De todas sus propiedades, al hombre, en último término, le queda una sola como indispensable: la función biológica en la que nadie le puede suplir. La pareja como comunidad de vida no está en su mente.

Sin embargo, cuando ya lleva tiempo trabajando en gran variedad de actividades, desde lavar en el río hasta planchar con planchas de hierro, «desgranar

maíz, agarrar algodón, agarrar tomate...», en soledad para mantener a los hijos, «bueno, ya yo estaba cansada de trabajar, a la larga yo tuve que enamorarme. Me enamoré del padre de mis últimos hijos».

En estas breves palabras Felicia describe y narra muy bien lo que sucede con cualquiera de las madres en una familia matricentrada: trabajo en soledad y un nuevo «enamoramiento» para mejorar las condiciones. Enamorarse, para Felicia y para la gran mayoría de las madres populares, consiste fundamentalmente en ponerse a vivir con un hombre, por un tiempo, y aceptarle los nuevos hijos que de esa convivencia nacen.

La manera en que Felicia narra el «enamoramiento» es todo un poema de significado matricentrado. Por su propia iniciativa y estudiando por correspondencia, ella se había graduado de enfermera y ahora actuaba como tal en el dispensario de su pueblo. En una de esas tomó contacto con el señor: «El señor llegaba a casa de mi mamá, de mi papá (el padrastro) y hablábamos. Entonces, me ayudaba. Me ayudaba monetariamente. Yo veía que el señor me ayudaba. Yo dije: bueno, este señor puede... en verdad tiene que ser un buen padre. Entonces, nos enamoramos. Nos pusimos a vivir. Quedé yo sin trabajo. Nos pusimos a vivir». No nos habla de afecto, de atracción ni de nada de eso sino de que será buen padre, o sea, no se une al hombre por amarlo a él sino por amor a los hijos. El hombre será proveedor para los hijos.

Esta relación será inestable y marcada por los altibajos hasta que finalmente fracasará. En uno de esos momentos de abandono en que Felicia vuelve a quedar sola con los hijos (unos dejados a la abuela; otros, con ella), serán otras madres las que se convertirán en su apoyo. Es la trama relacional por la vía de las mujeres la que abre una posibilidad. Basta un encuentro fortuito para que se entable una relación solidaria entre mujeres. Las madres se apoyan mutuamente. De este modo una y otra consiguen cierta estabilidad, hasta lograr una morada. Lo primero que se le ocurre a Felicia: «ahora sí voy a buscar mis hijos», todos, los que ha dejado con la abuela y los que tiene consigo.

Se asume como mujer-madre-trabajo-en-soledad ante el abandono del esposo. Consolida solidaridades entre mujeres para lograr la manutención de sus hijos. Si Jesucristo había sufrido, dice, por qué no vamos a sufrir nosotros. Entonces, asume la religión como refugio y justificación de su sufrimiento o condición natural. La religiosidad popular matricentrada la volveremos a encontrar en momentos de ansiedad, peligro e indefensión. Entrega incondicional respecto de los hijos con disposición para dar, aunque se sufra en el intento.

La red de madres le consigue trabajo a ella y luego a su marido en una de las reconciliaciones. El marido, como todo hombre en este modelo de familia, parece estar situado en un sitio al borde de la madredad, amarrado a un hilo que él no

puede controlar y que se encoge y estira a discreción. El hombre pertenece, es propiedad de ese hilo; llena un vacío de la mujer, un algo más que la necesidad de apareamiento; pero el vacío está circundado por la madredad; ello no permite existir al hombre en tanto fundante de un proyecto de vida. Hay que fundar al hombre. El entramado social de madres, trama que integra a los extranjeros, unos españoles, dueños de una panadería, consigue trabajo para Felicia, un trabajo que desempeñará el marido; «uno de ellos me consiguió un trabajo a Rafael». La expresión, «me consiguió un trabajo a», aunque muy común, significa que el centro de referencia es ella como madre porque es para el mantenimiento de los hijos.

Cuando la relación con Rafael fracasa definitivamente hay, sin embargo, un intento de acercamiento por parte del hombre, pero Felicia se niega. La negativa a rehacer la unión es para ella un paso adelante: «¿para qué iba a retroceder?». En efecto, no volverá a unirse a un hombre. Unión-a-marido-hijo es un solo bloque de sentido en el mundo-de-vida en el que vive la familia matricentrada. La madredad está completa y con la total realización de la madre como persona. El proceso de ser madre se ha cumplido. No hay retroceso. Ahora su vida será plenamente vida-de-madre. La familia, su familia, repleta en todo su sentido posible. Madre-de-hijos —hijos-de-madre es una totalidad inescindible. Vivir madre, vivir familia, vivir hijos, es la plenitud del vivir, la fuente del sentido.

128

Así como su propia madre le negó el padre a Felicia, ésta hará lo mismo en relación con los padres de sus hijos. No se los negará en cuanto impedir que lo conozcan, pero lo negará como significado verdadero para sí y para ellos.

Por eso llegará a decir: «mis hijos no tuvieron padre». Visto desde fuera y en referencia a los datos que ella misma ofrece, sí tuvieron padre, por lo menos por un tiempo y en el sentido que esa figura puede tener en su mundo-de-vida, pero es verdad desde la madredad omniabarcante y excluyente: no tuvieron padre como ella es madre. Ni lo pudieron tener; por eso, «mis hijos me tuvieron a mí». El apoyo primordial está en la madre, «la única que puede mover el mundo», según la expresión de un «malandro» del barrio.

La madredad misma se ha deshecho del padre, pero en lo más profundo lo añora, aunque discursiva y prácticamente lo rechaza y favorezca su inexistencia. En este sentido la madre está sola, sin un compañero tan grandioso y tan sentidizante como ella, pues su madredad omniabarcante no puede permitir abrir y dejar ensancharse sus fisuras hacia fuera. Ella para todo, aunque toque a cada rato sus propios límites. Cuando con ellos busca colaboración, no participación en igualdad de condiciones, busca al hombre en cuanto le sirve circunstancialmente —el hombre es una circunstancia-para-la-madre— y, en cuanto circunstancia, cualquier hombre puede servir. Pero es ella la que ha de tener las riendas

en la mano, sin participación del otro; ella discrimina recursos, los organiza; sin planificar, planifica. Podríamos completar su expresión: «mis hijos no tuvieron padre». ¿Y a mí qué? «Me tuvieron a mí y conmigo sobra, y me tendrán para toda la vida hasta después de mi muerte». Y habrán de tenerla por siempre como ella decide que la tengan. No sólo encamina su vida personal en sus hijos hasta su muerte sino también para después de ella, en ese abrir el futuro que no podemos acabar de llamar proyecto porque le falta la racionalidad de secuencia lógica planificada. Después de su muerte ella no será una ausencia, sino presencia permanente y actuante, tan actuante como durante su vida pues será el sentido vivo que alimentará el vivir de ellos como hijas-madres e hijos-hijos y que, pasando por ellos, se prolongará en sus nietos y en los nietos de sus nietos, no en una carrera de relevos sino en la vida eterna de esa madredad a la vez singular en cada madre y práctica primera-sentido de todo un mundo-de-vida vivo en el tiempo. Presencia en la profundidad del afecto: «lo que siente es el corazón». Todo lo demás —el luto, la tristeza, el encierro— son no sólo superficiales y pasajeros, sino sin-sentido pues, si sigue viviendo en el afecto, no ha muerto en verdad. Sigue, pues, viviendo en ellos como vive en Dios a cuyo llamado sencillamente «hay que atender».

Felicia en todo esto no está sino expresando, a su manera y en su modo de vivirlo personalmente, el sentido y la profunda identificación de lo que la investigación nos lleva a descubrir como componente estructural de la madre popular venezolana en cuanto tal.

La seguridad de los hijos está en la madre pero, al final, la seguridad de la madre está total y únicamente en los hijos. Quizás esté aquí una de las explicaciones sociohistóricas de la familia matricentrada. Nuestra historia y la estructuración social que ha ido tomando a lo largo de ella nuestro país con sus dos sectores bien diferenciados: la dirigencia —política, económica, religiosa, intelectual... y el sector de población directamente a ella integrado— y el pueblo, no ha generado condiciones de posibilidad para la pareja, de manera que la mujer no tiene en su horizonte realización posible en ella —en todos los sentidos: afectivo, económico, social, etc.— y, en tales condiciones, la total realización de la mujer tiene una única posibilidad: los hijos. En consecuencia, la historia la ha hecho madre y sólo madre. A partir de ahí, esa madre total se ha ido constituyendo en el sentido fundante de todo un mundo-de-vida. La historia de Felicia resulta ser así todo el mundo popular en síntesis personal, en la concreción y al modo de una existencia singular.

Finalmente Felicia se estabiliza en un barrio y construye su casa, tema que será abordado en otro momento. Lo que aquí interesa, en cuanto al esfuerzo que estamos haciendo para comprender la figura de madre en nuestro mundo-de-

vida popular es cómo toda la vida, incluso la historia de la construcción de la casa, se entrelaza con la historia de los hijos y muestra la centralidad de los mismos en la madre.

Si hasta este momento hemos podido seguir la historia de Felicia como la de una persona que se hace madre y tiene hijos, de ahora en adelante no sabremos ya si estamos ante la historia de Felicia o ante la de sus hijos. La identificación Felicia-hijos ocupa la escena y el sujeto de la historia se hace plural. ¿Plural? En verdad no se puede decir plural ni singular. Es un sujeto que está fuera de esa oposición; hay que concebirlo en otro horizonte epistemológico, uno en el que ni plural ni singular son pensables. Hay que hablar de un sujeto relacional, constituido por la relación, ámbito en el cual ni lo uno ni lo múltiple tienen sentido. Un sujeto así pertenece a otro idioma. El idioma de Felicia parece tenderse sobre una matriz de sentido completamente extraña, en cuyo seno la lengua dice algo muy distinto de lo que en su propia gramática —la castellana— parece decir. Léxico y gramática pertenecen al castellano común, con pocos —y muy significativos— cambios, pero su estructura profunda, su matriz de sentido, es otra. ¿Habla Felicia castellano? El clásico «número» gramatical es otro.

De ahora en adelante, pues, las historias de los hijos van tejiendo la historia de Felicia, quien funge de hilo conductor y unificador. De esta manera la madredad de Felicia se muestra en toda su plenitud.

Ella es madre y sólo madre. En función de su madredad se desenvuelve su historia.

El foco de la narración inmediata son dos de los hijos: el mayor y el menor, nacido prematuro. En ellos se centra Felicia por ser los más necesitados. Los otros están de fondo, pues no requieren su atención inmediata. Pasarán sucesivamente a escena porque Felicia va a estructurar todo el relato siguiente de su historia mediante un encadenamiento de episodios-críticos en el que las vicisitudes —a veces muy trágicas— de cada uno de los hijos irán tejiendo su vida y haciendo emerger su estructura de madre por encima de todo.

José Luis Vethencourt, refiriéndose a la familia matricentrada, toca de manera muy delicada e incluso sutil el aspecto del sufrimiento que en ella, por su misma estructura, según él se produce. Las de esta familia serían: «formas atípicas, indiferenciadas, nada alegres y tocadas por la culpa y la vergüenza». En verdad, no hemos encontrado, en las historias-de-vida, ni la tristeza ni la culpa o la vergüenza en el seno de la familia matricentrada como producto de su propio ser así. Tampoco en el medio social de los que comparten el mundo-de-vida popular, visto lo uno y lo otro desde dentro, esto es, desde la dinámica psicológica y social que discurre en la cotidianidad de la existencia en ese mundo compartida. Las madres que tienen hijos de distintos padres y viven una historia de concubinatos

sucesivos, no se sienten ni infelices, ni culpables o avergonzadas por ello. Reciben, sí, la permanente crítica y el reproche de los pertenecientes a otros sectores sociales que valoran teóricamente, aunque en la práctica sean complacientes tanto consigo mismos cuanto con sus allegados cuando actúan en su contra, la clásica familia nuclear y las distintas formas matrimoniales o de pareja consolidada. Esto, sin embargo, no llega a perturbar la autopercepción de esas madres y su sentimiento de hacer bien o mal con su conducta. Son opiniones de otras gentes, de las que también conocen las «debilidades» y de los de su propio mundo.

Ubicados en el mundo-de-vida popular, desde dentro, lo que encontramos es el orgullo, la satisfacción, la alegría y el gozo de ser madres.

Esto no quiere decir que en el seno de esa familia, como en el de cualquier otra, la madre no pase por momentos y circunstancias de sufrimiento. En cada mundo-de-vida el sufrimiento tiene rasgos diferenciales, según sea ese mundo. En los ambientes más modernizados, el sufrimiento está centrado en la persona que lo padece, aunque ese dolor sea producido por otro y motivado por lo que otro padece, sea familiar cercano o no. En el mundo-de-vida popular y en la madre de la familia matricentrada en particular, el sufrimiento siempre es relacional madre-hijo. La madre no considera sufrimiento lo que ella padece sino lo que padece el hijo, lo cual se vuelve sobre ella y hace que siempre se sufra a dos.

De nuevo nos ayuda Felicia, quien pasa por fuertes penalidades por sus hijos, a comprender el sufrimiento de madre. Centrada en sus hijos, Felicia hace una interesante distinción: hay sufrimientos, pérdidas de familiares que son «comunes», que forman parte del discurrir ordinario de la existencia. Otros, muy distintos, son el sufrir-los-hijos. Estos nunca serán comunes, serán siempre profundamente personales e imposibles de homologar con cualquier otro sufrimiento. Visto desde fuera de ella, es común el que una madre sufra con ocasión de los hijos. Esto, sin embargo, no es verdad, en cuanto la verdad surge del sentido que la funda y este sentido vive en la madredad de cada quien que nunca es común sino singular.

Porque es el dolor en los hijos donde más fuertemente se siente la profundidad de la madredad. Es el signo, la señal, de cuán madre se es; pero no es la totalidad de la vivencia de madre. Es cierto que muchas madres, en el plano del discurso, de la palabra ante los demás, incluyendo a los hijos, insisten sobre lo abnegadas, sufridas y maltratadas que son o han sido, pero eso no se dice como si fuera la totalidad de la vida sino como un componente de la totalidad de la vida. La totalidad de la vida es satisfactoria. Porque la totalidad de la vida es buena.

Todo el énfasis puesto en el sufrimiento de madre, que incluso puede haber influido en la opinión de Vethencourt, tiene su componente de verdad pero pertenece a la superficie de lo que significa la existencia. Lo que está por debajo es la verdadera posibilidad de sentirse madre, que es plenitud, satisfacción plena.

Se diría que todo ese lamento se queda en el plano del discurso. El atenerse al discurso ha llevado a muchos a hablar de masoquismo de la madre venezolana, una de tantas valoraciones negativas. Masoquismo implica placer en el sufrimiento. Aquí no hay placer en el sufrimiento. Si acaso cierta complacencia en poder mostrar las cicatrices en cuanto signos de hasta dónde llega el ejercicio de su madre-dad; pero aquí hay placer en la vida, no en el dolor. El sufrimiento pronunciado vendría a ser la vía para comunicar el sentido profundo de la propia vida, la madre-dad. Aquí, como en muchos otros casos, la realidad va más allá del lenguaje.

La historia de la madre popular puede reducirse a la historia de los hijos, o de ella-con-sus-hijos. Se realiza viviendo la vida, su historia-de-vida para, por y con los hijos. Podría entonces pensarse que la madre venezolana, en el mundo-de-vida popular, va adelante según las circunstancias deciden, que nunca asume un proyecto de vida, que está a la deriva de lo que vaya sucediendo.

Ahora bien, si entendemos proyecto no como algo elaborado y convertido en orientación consciente lógicamente estructurada que marca el futuro de una vida en una determinada dirección que se mantiene en el tiempo, aunque la concreción pueda ir la variando de manera no sustancial, tal como puede ser un proyecto vocacional, no lo encontraremos en la historia-de-vida de la mujer popular sino en casos excepcionales. Pero si lo entendemos como una proyección hacia adelante de la realidad de un mundo-de-vida que hace de la mujer popular una madre como realización plena de la persona marcando todo el futuro de su vida, sí podemos hablar de un proyecto no explícito pero sí inscrito en el hecho mismo de ser mujer.

El proyecto de la mujer popular es realizarse en los hijos; no es un proyecto en concreción de objetivos abstractos sino uno en concreción de personas: cada uno de los hijos, esto es, hacerlos hijos y no sólo hacer hijos. Realización de vida, vocación y profesión se unen en un solo objetivo inscrito en el mundo-de-vida y cultura: la madre-dad. Este proyecto no implica secuencia en el tiempo sino una totalidad integrada a la vida de la que constituye su sentido, una vida que desde sus inicios está sentidizada. No determinada en cuanto no se elimina por ello la libertad de decisión pero todas las decisiones, que pueden ser infinitamente variadas, estarán en el marco o en el interior de ese sentido. En lugar de proyecto podríamos hablar de tendencia o finalidad, pero sobre todo de sentido. No se trata de una vida librada al «como vaya viniendo vamos viendo», sino llena de sentido. El sentido encamina con certeza, pero no determina ni se puede interpretar como dependencia obligante. Así, sin salirse de su vocación-madre, Felicia ha podido decir en plan de negativa: «¿Voy a tener otro muchacho?», y tiempo después cambiar esta misma decisión según nuevas circunstancias, todo en el mismo marco de sentido.

En Juana la crianza es un estado permanente, no transitorio. Cría a los hermanos e inmediatamente pasa a criar a sus propios hijos; el tránsito de una a otra crianza se da como proceso continuo. No hay la separación propia que pudiera incorporar el establecimiento de la pareja.

Y se da sobre la base del trabajo para criar, para poder hacer de madre. Coser, remendar, tejer, hacer zapatos y sombreros se hace en la compañía de una joven como Juana, del campo, encargada de criar a corta edad a sus hermanos debe ocuparse también de conseguir ingresos adicionales. Estos aprendizajes y oficios le ayudarán.

Juana nació para ser madre, no descansa en esa intensa labor. Comienza a la edad de nueve años y se prolonga hasta la muerte, criará a los hermanos, hijos, nietos y bisnietos. Practica toda la crianza desde la matricentralidad. El último bisnieto criado lo vive como hijo único.

Cuando habla de sus hijos, éstos parecieran nacer sólo de la madre. Si nos detenemos en el lenguaje, Juana dice: «nos salió...» ¿Pero quién es el sujeto de ese plural? El nombre que aparece es el de Antonia, pariente del marido pero éste no aparece. En lugar del marido aparecen las viejitas pidiendo sean presentados los niños con el apellido paterno. Para que eso ocurra tiene que casarse con el padre de los niños y ella dice no querer. Los hijos son formal y realmente de la madre. No hay espacio para el reconocimiento paterno (propio de la legislación del momento).

El destino de la persona está fuera de la pareja; es un horizonte abierto sólo a la madredad, sin posibilidad de un proyecto distinto. En esto Juana vive plenamente las prácticas populares. Ante la exigencia de matrimonio de parte de la familia del marido, ella se niega rotundamente.

En la incertidumbre del emparejamiento el hombre embaraza a una menor de edad. En el relato hay un halo de misterio en el sentido de que Juana se olvida de la relación y, al acordarse, el hombre ya tiene a la jovencita embarazada y lo sabe porque unos compadres le avisan.

El aviso no es sólo la noticia, fue un encuentro para plantearle que el acto tiene consecuencias sobre su marido y sobre ella: «o lo hacen preso o se casa...». Interesante que la trama familiar se orienta hacia la mujer, fue ella quien decidió su destino y el de la nueva «pareja».

La decisión de Juana es la esperada, situados en una cultura matricentrada: «llévenselo y cásenlo, me interesan son mis tres hijos...». Se produce un diálogo entre Juana y su exmarido, ratificando que los hijos son de ella. Desde Juana, el padre no muestra voluntad de acercarse a los hijos, recibe la condición impuesta por Juana con total normalidad.

—Qué les trae por aquí...

—No comadre que venimos a hablar con usted...

Y yo les dije:

—Bueno cuando usted guste.

Y, y yo me levanto así al contrario, él allí y yo aquí...

—Que mi compadre embarazó una muchacha menor de edad comadre o lo hacen preso o se casa...

Yo le dije:

—Bueno, compadre, yo le voy a decir una cosa, sí, llévenselo y cásenlo, me interesan son mis tres hijos, por lo mismo yo no me quise casar ¿quién lo manda?

—Hacete de cuenta que no nos conocimos, te vas y te casas con tu mujer, le dije ¿no? Que no hallaba qué hacer...

—Mis hijos me quedan a mí porque son natural...

Juana ha hecho una interpretación de la legalidad a partir de lo materno, que no se haya casado y que los hijos sean naturales ha posibilitado la preservación del vínculo matricentrado.

Este manejo de la legalidad no lo habíamos encontrado sino hasta ahora. La madre se sabe fuera de la reglamentación institucional establecida, pero también se sabe centro afectivo y decisorio del acontecer familiar. En este sentido, el hijo reconocido sólo por la madre es ilegal para la institución que se rige por el deber ser del matrimonio.

Juana se sabe fuera de la ley, pero dentro de lo común (cultura), y desde allí actúa. Su interés son los hijos y no el marido, padre de sus hijos.

Y yo quedé feliz con mis muchachos, yo no me quedé brava con él, quedamos con el mismo cariño, bueno, nosotros no quedamos nunca así; pero sí nos tratábamos. Después, quedé con éste (señala al abuelo) que crío Betty, a los años, yo decía voy a buscar a un hombre pa' que esté con mis hijos, estoy jovencita, digo yo...

—Aquí estoy yo, mujer...

Y como a los once años nos pusimos a vivir.

Desde la familia que Juana nos narra no hay conciliación posible con los procedimientos institucionales-modernos que buscan reglamentar esa relación madre-hijo. Ella encuentra oportunidad para vivir desde su sentido afectivo-cultural fuera de la ley y lo defiende.

Ahora viene la búsqueda intencional de un hombre que provea. Esta cualidad será la que se destaca. Puede haber amor o no, o éste es una construcción en función de los hijos. No hay posibilidad para el amor de pareja, se actúa en función de los hijos.

«Usted sabe que uno es mujer y él hombre, y yo estaba jovencita, pero como yo veía que era un hombre de trabajo, un hombre serio y como era de la misma familia, como quien dice hijo porque Antonio lo había criado a él, pero yo no era del vecindario de ellos sino de uno aparte».

Quien decide vivir con... es la mujer y se decide por el más cercano, no importa la edad y la familiaridad.

Desde la madredad, ni la pareja (relación) ni el padre-abuelo tienen sentido. Para Juana, Ramón, su exmarido, es sólo un hombre con quien tiene unos hijos: «el papá de ellos...», padre de ellos, nada que ver con ella; no hay posibilidad de pareja.

El hombre tampoco se piensa en pareja propiamente dicha. Por eso Juana queda sola y pobre: «para él; él agarraba los reales el sábado; el sábado, cuando estaba contando los reales, se iba de espaldas como pa' que uno no viera lo que había hecho en el día 'e semana; me dejaba aquí los reales en la cocina, esa era la cantinada que me daba; poquito...».

Una vez que lo ubica como totalmente externo a la familia, sin resonar desde la relación afectiva, Juana comienza a narrar las circunstancias en las que se produce el acercamiento y posterior vivir con...

Para los hijos, el padre no tiene otro significado sino el de proveedor y si no provee mejor es dejarlo: «Deje a ese hombre, mamá, porque la va a matar ese perro. Emilio estaba de veterinario en el estado Cojedes, con el doctor don (...) andaba por allí inyectando ganado... En eso pasamos años».

La falla en proveer del padre tiene consecuencias en la pobreza de todos:

—Rafael Ángel... yo tenía a Rafa chiquito, mira Rafa nos vamos, er día que no haiga nada, no me pida leche, porque, no pida guarapo porque no hay azúcar, no me pida nada porque no hay...

—No mamá yo no le pido nada...

Porque nos vamos sin papá, nos vamos sin nada, no me pida, y míralo no más.

La mujer asume la función que el hombre abandona:

Las niñas desnudas, porque Dios sabe que sí es verdá... que estaban... y yo sembraba melón, lechosa, cochinos que cuando yo le echaba comida en una batea de madera, que tenía una cosa pa' poner los corotos a secar, platos, cucharillas y cosas allá, y más al fondo sembré un... bastante en el conuco pa' poder recoger las piedras de amolar... y me ayudaban los compadres míos, los obreros, pues, y las muchachitas pa' irles a llevar café iban, en vez de ir de frente iban...

La misma responsabilidad y el mismo compromiso de la madre para con los hijos, lo encontramos en la historia-de-vida de Pedro: la mamá tiene que salir a trabajar y ausentarse de su vida. La salida a la indigencia en la que viven en casa de la abuela materna está en la mamá. En la mamá está toda la seguridad. Es ella la que no sólo se da cuenta de la situación, sino la que se siente responsable del mantenimiento del hijo, o de los hijos, porque ya para ese momento ha nacido la hermana. La necesidad de mantener a los hijos salta por encima de su propia madre y le impone la ausencia. Ausencia por trabajo, pero no ausencia por abandono. Desde este momento, la convivencia de Pedro con su madre será intermitente, marcada por tiempos de presencia y tiempos de ausencia. Sin embargo, no hay ni el mínimo rastro de vivencia de abandono, lo que contrasta con la experiencia de abandono paterno.

La figura materna es sustituida por la abuela, la cual, no obstante, no borra a la madre sino que la sustituye temporalmente. Por eso la madre sigue presente, mediada por la abuela. La abuela funciona, pues, como mediación para mantener presente a la madre. Esto, que puede considerarse como un hábito del mundo-de-vida popular, en el caso concreto de Pedro, potencia la presencia materna en la memoria y el anhelo del niño por el contraste entre el trato de la abuela y el de la madre.

En esta larga historia, Pedro habla extensamente de su abuela (a la que llama muchas veces mamá) y poco, o mucho menos, de su madre de la que sólo describe algunas cualidades. Y, sin embargo, queda muy claro que ella es la solidez profunda de toda la trama de su vivir. No la cantidad de las referencias, sino la fuerte carga afectiva, la cualidad de las mismas, es lo que llena de significado la figura materna muy por encima de la de la abuela. El Pedro adulto que narra su historia tiene que justificar la ausencia materna por la penuria en que vivían. La explicación se siente como una justificación porque la separación de madre e hijos, culturalmente, es de por sí injustificable; sólo razones extremas de sobrevivencia la pueden justificar. Esto lo hemos ya encontrado en Felicia y se repite en las historias-de-vida de sujetos populares. Es uno de los mecanismos más frecuentes de la emigración del campo a la ciudad y de la trashumancia de ciudad a ciudad.

De todos modos la madre es siempre el eje, por encima y además de la abuela. La madre sigue presente en su vivido aunque prácticamente no ha convivido sino muy poco con ella. Hay un vivido cultural que permite su presencia más allá de la experiencia personal, en su subjetividad. La subjetividad no es individual ni sólo singular o aislada, es construida en la cultura y en el mundo-de-vida; es por ende social. La vivencia de madre y la madre misma en cuanto tal, en el mundo-de-vida popular no acepta competencia; por alguna vía se escapa para afirmar su significación central para el hijo.

La madre, a menos que no haya habido presencia desde el nacimiento, resulta, en cuanto realidad, insustituible, esto es, su presencia permanece por debajo

de la figura que temporalmente la sustituye, la cual, además, recibe de ella, la madre, el sentido, la justificación, el fundamento y, sobre todo, la cualidad que la hace madre y no simplemente abuela, tía, madrina, etc., con una madredad derivada.

Podemos hablar entonces de dos figuras maternas en el mundo-de-vida popular venezolano: una cultural y otra concreta, la de carne y hueso de cada cual. La madre cultural está presente y lo ha estado por siglos en la percepción que tiene de sí y de su mundo total el venezolano, y no sólo el de origen popular, porque en la cultura están todos. Está en el lenguaje, en la simbólica, en la manera de relacionarse unos con otros, en todo el imaginario, en las prácticas sociales, en la manera de concebir y practicar la moral, y hasta en la forma de manejar la economía. Tendremos oportunidad más adelante de tratar todos estos aspectos. Aquí sólo los insinuamos.

Como ya hemos señalado hablando de la familia matricentrada, al menos el 40% de los 7 millones de hogares del país, encuestados en el Censo 2011, tienen una mujer como jefa del grupo familiar. A partir de esa premisa, se establece la relación entre el parentesco y la dependencia de los miembros que conforman una familia. Se puede decir que la cifra de mujeres que son cabeza de familia aumentó, pues pasó de 29% en 2001 a 39%.

En ese contexto, Luis Gerónimo Reyes, gerente general del Instituto Nacional de Estadística (INE), explicó que en el censo se declara quién es el jefe de hogar, pero no existe una característica específica que lo determine. La condición es que sea mayor de quince años pero también puede considerarse jefe o jefa del hogar a la persona que tenga mayores ingresos, a la que asuma los gastos de alimentación y servicios o al miembro responsable de un hogar uniparental. Es la persona que el resto del hogar reconoce como jefe. La otra condición es que sólo puede haber uno por hogar, es decir hay tantos jefes como hogares haya.

137

### **Las fallas de madre**

En la historia-de-vida de Felicia, cuando todavía es niña, aparece el padrastro<sup>10</sup>, «cuando yo tuve aproximadamente doce años». A los trece sucede la salida de la casa para Caicara, poco después de que la madre se pone a vivir con Pérez Zapata. Pasa más o menos un año. ¿Será esta huida motivada por la nueva presencia familiar?

¿Qué sucede en la hija cuando la madre ya no está tan plenamente centrada en ella, o así ella lo percibe?

En casi todas las historias-de-vida que poseemos en las que aparece un padrastro, esa presencia genera problemas en las internas relaciones madre-hijo. La madre pierde mucho de su figura como modelo, aunque sigue quedando como

<sup>10</sup> El tema del padrastro será abordado directamente en otro apartado.

sentido. Lo que Felicia da a entender es que su madre, en esos momentos, ha preferido a ese hombre sobre ella que es la hija.

Cuando entra el factor padrastro o cualquier otro factor, como el trabajo de la madre fuera del hogar, se desvía el afecto y el hijo o la hija pueden decir: «prefiere a eso a mí». Ahí aparece una brecha. Puede que la desviación del afecto no sea real sino sólo percibida o vivida como tal por el hijo. De hecho, en la historia posterior de Felicia vemos que ella no prefiere a ningún padrastro ni a nadie, pero alguno de sus hijos pudo pensarlo de esa manera como en otros casos.

El caso del varón está muy claro en la historia de Joel. La aparición del padrastro, la nueva pareja de la madre, crea un trauma muy fuerte en él, hasta el punto de convertirse en el factor principal de su futuro delincencial. Si hubiéramos hecho la historia de la mamá de Joel, a lo mejor habríamos visto que, del mismo modo que en la Felicia adulta, no hubo tampoco desviación del afecto, pero el hecho es que el muchacho lo leyó de esa manera. El vínculo madre-hijo en la familia matricentrada es tan central y fuerte que su debilitación real o aparente por cualquier causa produce graves consecuencias en los hijos.

En su historia-de-vida Joel dice cómo sus hermanos, ante los cambios que se producen en el hogar matricentrada por la nueva presencia del otro hombre, se ponen a su lado. Los hermanos se reúnen en bloque para preservar el mismo sentido de unión que es la madre. Es para recuperar a la madre y ver cómo logran expulsar al intruso para lo que se unen; se vuelven un bloque y ocurre lo que no ocurre antes, esto es, se empiezan a establecer lazos fraternales que antes no existían después de que se supera la crisis o en la misma crisis, de modo que ya no es necesaria la mediación de la madre. Se da una unión que pasa por encima de lo que antes sólo podía unir: la madre.

Alfredo, uno de los delincuentes violentos por nosotros estudiado, muestra muy claramente el desvío materno y sus consecuencias: «Tenía once años cuando mi papá murió (...) mi mamá se consiguió un esposo y ya me fueron como desechando. Sí me entiendes, ¿no? Me fueron como negreando, como decimos nosotros. Entonces yo tomé mi camino, ¿no? y me fui a la calle».

A Felicia, cuando apenas tenía trece años, el padrastro y la mamá deciden casarla con un hombre mayor. Cuando ese matrimonio, antes de consumarse, fracasa, Felicia le dice a su madre. «¿Por qué usted me hizo eso? Yo mejor me voy». Y se va para la casa de una hermana mayor. No es al padrastro al que culpa, aunque haya sido el principal impulsor del hecho, sino a su madre, porque lo que haga el otro no tiene importancia afectiva para ella sino lo que haga la madre, que es su única referencia vincular. En esto la madre le falla y ya se ha roto el vínculo. Por eso ella puede desprenderse y abandonarla. Se siente abandonada por la madre al irse ésta hacia el padrastro. Ese matrimonio, sorpresivo y extemporáneo, corta

bruscamente la infancia de Felicia y la introduce sin ninguna preparación en el mundo adulto. Por eso puede decidir irse con una decisión propia de un adulto, pues está motivada racionalmente. No se puede hablar de adolescencia en su caso. La transición, que es función del período adolescente, es totalmente obviada por la decisión de los adultos. En los sectores populares se pasa muy rápidamente de la infancia a la adultez inicial, si acaso, con un fugaz período de adolescencia.

La nueva pareja de la madre, pone en duda la exclusividad del vínculo. No es ello lo propio de una relación inestable que, aunque deje otro hijo, no muestra que la preferencia se desvíe de los hijos hacia la pareja, salvo cuando esta pareja no sólo entra a formar parte del hogar sino que su presencia se hace duradera y en ella se produce una vinculación entre hombre y mujer, de la que están excluidos los hijos, aun cuando éstos ya hayan superado la adolescencia o estén a punto de superarla.

La exclusividad del vínculo no sufre menoscabo cuando el padre abandona, porque eso es lo normal en la familia matricentrada y más bien la libera y la hace más clara y definida. El padre nunca la puso en peligro porque siempre estuvo al lado y no dentro del nudo relacional familiar. Es en el momento en que un nuevo hombre, que no es padre tangencial ni hijo en igualdad con los otros, se entromete en esa relación madre-hijo, cuando la seguridad del vínculo se pone en duda.

Se pone en duda también ante los hijos la fidelidad de la madre a esa misma matricentralidad de la familia. Esa fidelidad nunca en realidad es negada. Las historias-de-vida son muy claras al respecto. La madre puede pasar por muchos avatares en la vida, pero para ella los hijos y el vínculo con ellos será siempre lo permanente e indefectible, sencillamente porque no depende de una decisión vinculante personal sino que pertenece a una estructura que la sobrepasa en cuanto persona, su mundo-de-vida y su cultura. Aunque el desvío de la madre sea más aparente que real, circunstancial y transitorio, la experiencia negativa del hijo difícilmente se borrarán. La madre para él ya dudó, la firmeza de su relación con ella ya tambaleó. A lo largo de la vida, la reflexión y el procesamiento personal de la experiencia en los hijos, de alguna manera educados para ello por otras influencias externas, les permitirán superar el problema afectivo que todo esto produjo, pero en muchos será causa de alejamiento, soledad, y en algunos de inducción a la violencia y al delito.

En los sectores de la clase media intelectual, la experiencia y las historias-de-vida nos indican que la dedicación a la vida intelectual y profesional de la madre, con la independencia personal que en ella produce, a veces es también percibida por el hijo como desvío hacia algo que le interesa y ocupa emocionalmente más que él. El hijo percibe que a su madre le preocupan más otras cosas que la alejan de él. Es algo contra lo que no se puede luchar y contra lo que nada vale hacer para expulsarlo, como podía pensarse en el caso del padrastro.

En el fondo lo que el hijo piensa es sencillamente: lo prefiere. Prefiere a ese hombre o a esas otras cosas. El problema no es el padrastro, el problema es cuando se dan las situaciones en las cuales la mamá da la impresión al hijo de que prefiere al padrastro antes que a él. El problema no es la figura; la figura puede ser un muñeco, como es el papá.

Joel lo dice claro: «antes de que viniera él, yo comía lo mejor en esta casa, en esta casa; después que llega él, a mí me dan lo peor y a él le dan lo mejor». Aunque en realidad no sea lo mejor.

La historia-de-vida de Pedro nos muestra en cambio otra faceta. A lo largo de su infancia y ya cuando es bastante mayor, tiene una sucesión de padrastros, pero nunca duda de su mamá. Ante todo, las relaciones de ella con esos hombres fueron fugaces y la última, más estable, es una situación que se presenta cuando él ya es mayor y está en condiciones de comprender. Por otra parte, su madre nunca mostró ni en apariencia preferencia por nadie ni por nada que compitiera con sus hijos. Si esto sucede, que es lo común y más frecuente por ser lo propio de la estructura cultural matricentrada, la unidad madre-hijo no sufre perturbaciones. Pedro no tiene necesidad de madre, lo que sí tiene es necesidad de padre.

Las historias-de-vida de las mujeres-madres nos dicen, por otra parte, que la mujer de familia matricentrada, cuando ya los hijos llegan a la adolescencia o son mayores, cuando además va entrando en una edad en la que, por el mismo desarrollo de los hijos, puede ir quedándose sola, muchas veces desea y necesita una pareja estable. Esta se hace realidad generalmente cuando ambos, hombre y mujer, han superado los cuarenta años. Cuando esa búsqueda de estabilidad por parte de la mujer-madre se está produciendo, es cuando se presenta un problema de celos en el hijo. Ella sabe muy bien que para obtener esta estabilidad con un hombre, concubino o marido, tiene que portarse con él de una forma no igual pero sí muy similar a como se está comportando con el hijo; pero si hace eso con el marido se va a ganar los celos de los hijos y, probablemente, también del hombre. Ése es el dilema y por eso muchas veces la estabilidad fracasa y el causante del fracaso es precisamente el hijo. No el hombre, que está muy claro que ella le debe cariño al hijo. Es el hijo el que nunca está claro, por los celos.

¿Se trata de complejo de Edipo no resuelto, inevitable en este tipo de familia, de deseos incestuosos inconscientes como diría posiblemente un psicoanalista? Quede ello como pregunta. De todos modos no se pueden analizar ni interpretar los acontecimientos psicológicos que se dan en una familia matricentrada con los mismos parámetros con los que analizamos e interpretamos lo que se produce en una familia triangular de padre, madre e hijos.

Las fallas pueden ser totales o sólo parciales. La falla es total cuando hay abandono sin suplencia afectiva —generalmente suple la abuela materna y suple bien—

o cuando no hay abandono físico, pero lo hay afectivo o percepción del mismo por las condiciones de la madre: un modo de ser que no permite vivirla como tal en las claves del mundo-de-vida.

Un caso particular de falla de la madre es cuando se da una falla total, ya sea por ausencia física producida por orfandad, ya sea por ausencia física pero no por orfandad. Podemos conocer cómo el mundo-de-vida popular enfrenta estas fallas sobre la base de varias historias-de-vida.

La historia-de-vida de Evelia, cuyo estudio ha sido el tema central de la tesis de doctorado de Vivian González ante la Universidad de Carabobo, nos ofrece la oportunidad de estudiar cómo resuelve el mundo-de-vida popular venezolano, un mundo estructuralmente centrado en la figura materna, la ausencia física de madre sin que ésta sea causada por orfandad. Narra Evelia:

Desde muy pequeñita mi mamá no, no vive con nosotros. Bueno, sí vive. Pero... ella está un mes, estuvo un mes, después se iba. Primero, cuando está estábamos solos cuatro hermanos. Somos cinco, pero hemos vivido cuatro. El mayol de ellos que es horita el que nos... ayuda más, tiene, horita, dieciocho años. El mayol. La mayor, que es la que no vivió con nosotros, tiene diecinueve; pero ella la crio una tía; porque mi mamá, como nos dejaba solos, mi tía nunca tuvo hijos, se la llevó. Después, nos crio un... Las dos últimas hermanas de y mi mamá, nos empezó a criar. Duraba un tiempo con nosotros. Entonces, cada vez que venía, (la mamá) venía bravísima y nos pegaba, feo. Por cualquiera cosa.

141

Si la madre concreta de Evelia falló, no ocurre así con la madre sustituta; allí está la abuela. Ella manda a cada uno de sus hijos —«les dijo»— que criaran a esos hijos de madre ausente. Manda que se ocupen absolutamente de ellos, porque «su mamá no iba a estar pendiente de ellos... no iba a estar con toditos ahí como la gallina con sus pollitos»; éste es el sentido de la madre.

Evelia, de la madre concreta, prefiere aceptar que está loca, o está mal de la cabeza, que es inmadura, antes que reconocer que ha fallado. Los tíos estuvieron pendientes, sí, «pero no en vivir», dice Evelia. El «pendiente» lo tomaron en sentido solamente verbal y no como lo determinó el mandato de su madre antes de morir. El verbo vivir que usa Evelia no tiene traducción, ni sinónimo. El apalabra la vivencia, le da el color y la sonoridad de lo vivido.

Respecto al padre no tiene problemas, pues él nunca vivió con ellos sus hijos. Es un externo al nudo familiar, un sujeto que los aprovisiona de comida, lo que nunca les faltó de él. No es que nunca les faltó él, sino la comida que «de él» venía. Es el segundo hombre que aparece en la historia; el primero fue el hermano mayor, que es el que ayuda más a vivirse familia a la madre y sus hijos, esto es, a Evelia y sus

hermanos-hijos; así el hermano mayor se hace el hijo mayor de ella y cumple con la función que el mundo-de-vida le asigna al hijo mayor en la familia matricentrada.

La madre concreta de Evelia es vivida como aquella madre que «no iba a está... como una madre, igual con toditos ahí, como la gallina con sus pollitos». En esta frase Evelia nos presenta el sentido de madre profunda y de familia desde la humanización matricentrada de la gallina con sus pollitos. La estructura de vida del mundo-de-vida de Evelia es relación-familia-matricentrada.

Desde la primera línea, el lenguaje deja oír las figuras del relato: la madre y los hijos. En esta familia de madre e hijos de la que participa culturalmente la historiadora ¿cómo hicieron los hijos para construirse como personas en ausencia de su madre? El relato informa —se verá mejor más adelante— de la respuesta que da el mundo-de-vida popular para solucionar el problema de la ausencia de madre.

Una vez que Evelia nos informa del modelo de madre-concreta que tuvo su familia, nos presenta dos significados fundamentales para haber podido vivirse familia aun con la usencia de su madre. El primer significado son los hermanos. El segundo la familia materna en las figuras de la abuela y de las tías.

Al salir de la explicitación de la madre concreta que tuvieron, las nuevas figuras del relato, sujetos también de la historia, son los hermanos. ¿Qué dice esto? Dice que en ausencia de la madre, los hermanos son el foco central de la vivencia de familia. A falta de la madre, los hermanos, anudados en la madre, significan lo permanente. Aunque la madre físicamente no esté, los hijos deben mantener esa unidad. Esto les será enseñado desde las figuras de la abuela y de las tías. Hay que tener presente que la vida aparece centrada en ellos cuatro; ellos son el sujeto de la historia. Un aporte de este relato que destaco sobre la comprensión de la familia popular, es que ésta no se disuelve por la ausencia de la madre-concreta si se mantienen juntos los hermanos formando familia. Así, pues, permanecer juntos los hermanos significa que la familia pervive. Otro asunto que rescato de esta parte del relato es que en esa unidad madre-hijos no se excluye a ninguno de los que la constituyen.

Encontramos una situación distinta, porque se trata de verdadera orfandad, aunque semejante en la forma de solucionar la ausencia materna en la historia-de-vida de Juana. Queda huérfana de madre a los doce años, pero persiste el sistema de hermanos que se reúnen en torno a ella como nueva madre por ser la hermana mayor, tras el casi inmediato abandono del padre. El sistema de hermanos está claro. Se trata de tres varones; ella en primer lugar, que se constituirá en la verdadera madre de todos ellos. Aparte del sistema de hermanos o en el fondo de este sistema está ella como gran madre que controla, alimenta, guía y protege.

Una vez que la madre muere, Juana asume un lenguaje materno respecto a los hermanos: primero los nombra como muchachos: «los dos... muchachos...»,

«los dos hermanitos», corrige, y los ubica como hermanos. El «muchachos», que le sale decir y corrige luego, es materno. Pero lo materno en ella es una vivencia progresiva. La ausencia completa de la madre la introducirá en esa práctica. Una vez que la madre deja de estar, abandona el convivir, el acompañamiento, se produce en la hija un quedar sola con... «quedé yo sola con mis hermanitos». Una frase llena de sentido: si sustituimos mis hermanitos por mis hijos, se trata de una madre sola con sus hijos. «Quedé yo huérfana». Realmente la única huérfana es ella, desde el sentido de la cultura. Los hermanitos (hijos en la práctica) la tendrán a ella que vendrá a sustituir a la madre y por ende huérfanos propiamente no quedarán.

La hija huérfana de doce años se asume madre. Luego de que se ha presentado como madre en soledad, puede nombrar al padre en una suerte de inclusión subsidiaria. Pasan quince días de la muerte de la madre y el papá, que no resuelve la soledad por sí mismo, busca una alternativa de acompañamiento a la nueva madre, en una nueva pareja, pero sin sustituirla.

Juana vive la ausencia de la madre como fin del acompañamiento, el sentido está en la convivencia. Para el padre, la muerte de la madre es vivida como abandono de la familia, mientras que Juana nunca lo vivirá así. Lo primero que le sale es «los aband...», para corregir en el inclusivo «nos abandonó». El abandono permite que él incorpore a la familia una nueva mujer que ayudará a Juana, pero nunca la sustituirá en su función. El centro-familia estará siempre en la hija-hermana-madre. Poca ayuda porque esa nueva mujer del padre muere.

La madredad le viene a Juana de la experiencia directa de madre, no sólo de la cultura. El padre es al modo popular, matricentrado. No la reconoce nunca legalmente. Juana tiene sólo el apellido de la madre y con él toda la tradición.

Retomando la historia de Evelia, es relevante puntualizar que, aun cuando aparecen los hermanos como el centro del relato, no estoy diciendo que la madre desaparece de la historia. Por el contrario, a lo largo de la narración observamos que la madre no desaparece.

Por ahora, el texto dice que vivir es experiencia compartida por el grupo de hermanos que vivió la ausencia de la madre concreta, que vivieron juntos en la soledad de madre.

Comienza el despliegue de la familia de cuatro hermanos, familia fraterna, que vivieron solos por la ausencia de su madre. En su familia de hermanos, Evelia nombra de primero a la figura del hermano mayor y, de ese modo, aparece destacada esta figura entre ellos.

Tenemos, entonces, que la figura del hermano mayor aparece privilegiada. Evelia lo presenta en el relato antes que a la hermana mayor y los otros dos hermanos. Es vivido por la historiadora como aquel que más los ayuda. Se pone de

manifiesto que el hermano mayor acepta y cumple su función conforme se espera de él. La posición del hermano mayor deja ver que él ayuda a alguien que hace de madre de ellos. No aparece el hermano mayor con posibilidad de vivirse como el centro integrador de su familia. Él asume que debe ayudar a vivir juntos. Ésa es su función. Todo este desenvolvimiento familiar es posible dentro de la lógica del mundo al que pertenecen.

Aunque Evelia es una hermana más entre ellos, toma el lugar de la madre para los cuatro. Es decir, que en ausencia de la madre en la familia, el hermano mayor asume a la hermana mayor como madre integradora de su familia y figura a quien debe ayudar; ayuda pues a la hermana-madre. En el caso de Evelia, vamos viendo tanto cómo se vive ella, pero, además, cómo la viven los otros, tanto los hermanos como el resto de su familia.

A la hermana mayor le corresponde hacerse cargo de los otros hermanos si hay ausencia de su madre. El padre no cuenta para ello.

El padre no está en la familia y es vivido como un externo a ella. El padre, sin embargo, es vivido como figura importante pero sólo porque les dio a los cuatro hermanos el sustento básico para sobrevivir.

Así tenemos que el padre ayuda a cumplir el proyecto de permanecer juntos a los cuatro hermanos desde su aporte material. Pero su ayuda es diferente a la del hermano mayor, que también ayuda. El hermano mayor ayuda al núcleo familiar desde dentro, pues ésa es su familia de origen, mientras que el padre ayuda, pero como un externo a la familia, porque de ese modo es vivido por la madre y los hijos. Las figuras del primer y segundo hombre que aparecieron en el relato, el hermano mayor y el padre, son análogas, es decir, ambos ayudan. Los hombres, así, pues, sólo ayudan. Continúa en el relato apareciendo que las personas tienen importancia por la función que desempeñan en la trama de vida. Aparece, entonces, el padre como figura que desde el principio cuenta con una cierta importancia en la historia, esto es, la de ser un proveedor imprescindible para la sobrevivencia de los hijos.

El padre no se hizo cargo de los cuatro hermanos que quedan solos en la ausencia de su madre. El padre, así pues, no cría a sus hijos, sólo les da real.

La madre y el padre no pertenecen al mundo de la pareja. El hombre y la mujer no forman pareja ni se viven «padres». Cada uno aparece por separado, mujer y hombre, provenientes de su respectiva familia de origen. El hombre aparece como un externo a la familia que se constituye. Ambos tienen descendencia, pero esa nueva familia que se construye pertenece a la madre y no a los padres como unidad familiar. En el relato, aun con la ausencia de la madre concreta, en el caso particular de Evelia, los hijos pertenecen a la familia de la madre en la figura de la abuela y de las tías que se hacen cargo de ellos.

El padre concreto de Evelia se manifiesta acorde con el significado del padre cultural popular venezolano, esto es, un padre proveedor material y de subsistencia. Evelia forma su concepto de padre desde su vivencia de hija mayor y en ausencia de su madre.

La trama gira en torno a las mujeres-madres. Se reafirma lo que nos llega por todos nuestros estudios en cuanto que en el mundo popular la mujer se vive madre. Se observa en el relato el despliegue de la historia de mujeres para hacer de madres. Una trama de mujeres-madres: la abuela, las tías, y luego la propia hija. Lo cierto es que, después de presentar la madre concreta que vivieron, seguida de la figura de los hermanos, las tías son las nuevas figuras-significado de la trama familiar: mujer-madre. Aparece una para llevarse a la hermana mayor. Con ello se pone de manifiesto uno de los mecanismos del mundo-de-vida popular para solucionar el problema de la ausencia de la madre concreta. Los dispositivos para ello son humanos, familiares y «matricentados». Son las tías del lado materno las que asumen la crianza de los sobrinos que quedan solos. Se pone a la vista en ello que las mujeres populares están para vivirse madres.

Ante la muerte de la abuela y ante la imposibilidad de las tías de continuar siendo las madres sustitutas, la hija toma el lugar para hacerse madre de sus hermanos. La lógica que guía y orienta esta vivencia la encontramos en la abuela.

El mandato del mundo-de-vida popular en la palabra de la abuela-madre es emblemático; ella significa la ética fundamental de un mundo-de-vida centrado en la madre. Se presenta ahora a través de la abuela el mundo de madres, es decir, mujeres-madres, donde la abuela significa algo así como la madre mayor entre las madres de la historia (la madre, las tías, la hermana mayor). La madre, en la persona de la abuela, refiere el relato, manifiesta una presencia tal que trasciende a su muerte física. «... ella les dijo a... sus hijos, que nos criaran a nosotros porque mi mamá nunca iba a está pendiente de nosotros». Esta petición de la abuela para sus hijos es vivida por Evelia como una máxima a ser cumplida. Ese mandato de la abuela en ella actúa como estrella que orienta su vida. La abuela-madre se presenta como la figura que alberga dentro de ella todo el sentido orientador del mundo-de-vida. Sus hijos y nietos escuchan a través de ella el sentido de vida que debe desplegar cada uno, particular y colectivamente también, en la vida. La madre, en la figura de la abuela, constituye la referencia obligada para el sentido de la vida del hombre popular venezolano. Es como si la abuela contuviera lo prescrito en la cultura para que la trama de la vida popular venezolana a lo largo de las generaciones no se pierda. A ella acude Evelia para conocer el camino por el que deben transitar los tíos respecto a los cuatro hermanos. En el mandato de la abuela, Evelia consigue respuestas que la madre concreta no le da.

Ahora que ha aparecido la figura de la abuela y la fuerza de su significado, se comprende que en el mundo-de-vida popular el niño no experimentará abandono si la familia vive la madredad tal como la ha expresado la abuela. De hecho, el mundo-de-vida no abandonó a los cuatro hermanos, aunque no vivieron a la madre concreta como la madre ideal de su cultura matricentrada. La fuerza del mandato de la abuela a sus hijos y nietos manifiesta un mundo-de-vida que se protege de la ausencia del sentido de vida, de la ausencia de madre. La abuela encomienda sus nietos a sus hijos, pero no se los encarga ni al abuelo ni al propio padre de ellos.

¿Qué dice del mundo-de-vida con la exclusión de estas dos figuras del mandato de la abuela? Dice que la familia y la crianza son asunto de mujeres.

El relato expresa la familia concreta, que no por alejarse del modelo convencional deja de ser vivida como verdadera familia. Incluso es familia en ausencia del padre y de la madre. Sin madre es, no obstante, familia matricentrada, pues una de las hijas centra en ella todo el grupo familiar y se erige como madre sustituta.

El mundo-de-vida presenta la solución a la ausencia de madre. Lo cierto de todo es que, a raíz del problema de la tía menor, ellos cuatro quedan vagando, quedan solos, con lo cual Evelia nos recuerda el verdadero foco de interés del relato.

En la ausencia de su madre, Evelia experimenta la ausencia física de la abuela con mayor rigor. Téngase en cuenta, sin embargo, que si bien la abuela está en el lugar de la madre, ésta nunca es, en su sentido profundo, realmente sustituida. Su ausencia no borra a la madre; mantiene su presencia en la figura de la abuela. Es lo propio de la madre en el mundo-de-vida popular.

La ausencia del padre, en cambio, aunque haya habido experiencia de su presencia, aunque el niño, en la frase feliz del doctor Vethencourt, haya «probado padre», lo borra de tal manera que puede ser realmente sustituido. Es más, el sustituto puede ser vivido como el padre verdadero, aquel en el que se encuentra el vínculo paterno que no se pudo nunca establecer o que se perdió con el propio o biológico. Más adelante, en la historia de Pedro, lo encontraremos con impresionante fuerza.

El contraste entre madres, la real y la sustituta, está muy patente en el momento en que Pedro, después de haberse fugado de la casa del papá, regresa con su madre verdadera a recoger sus cosas. En el episodio están bien retratados todos los personajes de la familia: la madre, la madre sustituta, el padre, el hijo y el sistema de relaciones.

La madre sustituta, la esposa del papá, lo enfrenta:

¿Qué? ¿Tú no vas a pedir la bendición?

—Yo no.

—O sea, ¿qué tú no vas a pedir la bendición?

Entonces dice la mujer del papá dirigiéndose a la madre de Pedro: —Eso fue lo que tú criaste, la mierda esa.

Ahí es donde sale mi mamá, dice Pedro: —¿Quién es mierda? ¿Quién es esto?

Y el papá se quedó de brazos cruzados.

Comenta el hijo: ¿Esa señora me va a maltratar a mí? Yo traje mi banda (la propia mamá). Jode a los tuyos. Yo guapo y apoyao.

La madredad es exclusiva y excluyente; en una y en otra madre. No hay espacio para nadie más. La sustituta no tiene espacio para el hijo de la otra. Puede tener espacio para uno que es recogido y entra como hijo suyo, el que no tiene madre. Es posible para el que no tiene madre, pero no para el que tiene madre, porque los hijos son de madre; no de padre. Pedro no puede estar ahí porque no es hijo de padre. Eso no existe. Su título no es válido.

De eso se da cuenta el mismo Pedro cuando narra su historia. Pedro distingue el trato. El trato de ella es distinto para con sus hijos. Vive la distinción en el mismo seno de la familia, en la relación con la mujer del papá.

La madre es exclusiva y la madre es lo importante. La pelea entre la abuela materna de Pedro y su mamá es por decidir cuál de las dos va a ser verdaderamente la madre. Pero los hijos nunca se dejan engañar. Los hijos siempre saben quién es su madre, aunque no la llamen así, aunque la llamen por el nombre y no mamá, incluso aunque llamen mamá a la abuela.

Pedro de niño no puede estar de fijo con su mamá porque ésta tiene que vivir en Caracas trabajando para alimentarlo y por eso, cuando la pobreza es extrema, se lo entrega al papá y a la mujer de éste, de la que recibe maltrato sin que encuentre defensa en su padre. Sin embargo, de la madre está lejos y no está lejos. Lo está físicamente, pero no de su madredad. Ella es la gran referencia.

Las palabras del mismo Pedro son bien expresivas cuando expone su vida en casa de la abuela, lejos de su mamá:

Pasa algo, mira. ¿Por qué uno estaba pendiente? Porque ella estaba pendiente de ti. Cuando mi mamá iba, cuando decía: yo voy... nosotros no, no... mi mamá era... Nosotros comíamos muy mal. ¿Qué comíamos? De repente, yo tengo hambre y no hay nada que comer. Tenías que comer un pedazo de arepa vieja y acostarte a dormir. ¿Qué ibas a comer, pues? No te daban nada, nada. Y a los otros les dan comida. Yo decía: coño, si me jodo tanto, por qué no me dan comida. ¿Qué hacían? Mataban un pollo. O una gallina. O la compraban: la pechuga y esto, pa' éste y éste, lo otro pa'... a mí me daban una alita. Entonces me jodían mucho porque yo me lo robaba. Me lo robaba y lo escondía; y, cuando ellos estaban comiendo, salía corriendo pa' comerme

la comía que yo me había robao, porque yo sabía que a mí no me iba a tocar. Por eso es que uno vivía como desesperao. Ponte a ver: Felipe era un hombre y yo el más pequeño, pero cuando mi abuela se iba a... se iba a agarrar algodón, al primero que paraba era a mí. Al que le daba la gana de quedarse, se quedaba, pero yo no; yo tenía que ir. Si no es por mi mamá... En estos días me arreché con mis hermanos. Les dije: miren, ya es hora de que mi mamá se sienta ahí y nosotros llegar toítos: «Aquí tienes, mamá». Mi mamá todavía tiene que luchar porque tengo unos hermanos que no... Yo le digo: mamá, mira, yo te ayudo, pero tú tienes que ponerle un parao a ellos... Y ella lo que dice es: «No, es que ellos son mis hijos».

Cuando huye de la casa de su papá no se dirige a lo desconocido, a la calle. Viene buscando a su propia familia, en este caso a la familia materna, a las hermanas de su mamá y, cuando no las encuentra, recalca en la trama familiar extensa. Pedro no será un «niño de la calle» porque tiene un amplio, al fin y al cabo, sólido piso familiar. Por buena que pueda ser la familia del papá, el niño busca a la de la mamá, que es su piso más firme. La trama familiar es tan extensa y en cualquiera de sus nudos tan acogedora, que permite una amplia posibilidad de movimientos y una gran variedad de formas de vida.

Regresa a su tierra. Estará siempre en ese vaivén. No es tanto la tierra lo que le atrae, sino sobre todo la familia materna. En su pueblo del oriente venezolano está su tía, una de las hermanas preferidas de la madre. Ya que no puede estar con la mamá que tiene que trabajar para mantener a los otros hermanos, está en la familia de la mamá. Con otra madre complaciente. No nos habla de trabajo; da la impresión de que trabajaba ayudando al tío político.

Ya hemos señalado cómo una falla de madre, percibida como tal por el hijo, está presente en su desviación hacia la delincuencia violenta en la historia-de-vida de Joel. En él la falla consiste principalmente en el desvío de la atención, la consideración y el afecto materno del hijo hacia una nueva pareja.

Una falla grave de madre, sobre todo por las consecuencias que ésta produjo en los hijos, la hemos encontrado en la historia-de-vida de todos y cada uno de los delincuentes violentos por nosotros estudiados cuya investigación ha sido objeto de una publicación titulada *Y salimos a matar gente* (Vol. 1, 2007; Vol. 2, 2009).

Puede darse por válida para todos ellos una expresión que en su momento hemos acuñado: «violencia vivida, violencia ejercida». Violencia de madre sobre el hijo que no consiste necesariamente en violencia física, de golpes, o verbal, de insultos, gritos y demás, sino fundamentalmente en la violencia del abandono. La gran mayoría de los niños venezolanos ha sufrido en algún momento de su infancia golpes de correa como castigo correctivo y no por eso han incurrido en conducta delictiva. Es claro que tal manera de corregir corresponde a épocas y

costumbres que deben ser desterradas, pero no está ahí la falla de madre que se encuentra en los orígenes de la mala conducta de los violentos asesinos por nosotros estudiados.

El abandono se percibe como violencia y genera violencia para obtener atención desde edades muy tempranas. Cuando el abandono materno se da, podemos hablar de una falla de madre que se confunde con una carencia de madre. Tampoco se trata de una carencia física, sino de una carencia vivencial mucho más compleja. Nuestros delincuentes carecen de madre teniéndola, y esto es lo más dañino y significativo, pues cuando la madre desaparece por muerte o por abandono real, la cultura del mundo-de-vida popular ha elaborado eficaces mecanismos para suplirla. El problema se presenta cuando no hay manera de suplir a la madre porque está presente y cuando se ausenta no hay figura materna que la sustituya.

Se carece de madre por abandono, como se ha dicho, pero ello no significa que el hijo haya sido dejado en una puerta, como se hacía en tiempos antiguos, o en un basurero al nacer o expulsado de la casa sin más. Hay abandono cuando existe grave desatención, indiferencia, descuido sistemático, cuando la madre transmite al hijo la impresión de que no significa nada para ella, de que quizás es más bien un estorbo, de que lo mejor hubiera sido que no hubiera nacido o desapareciera. Esto genera en el niño desde los primeros años de vida una necesidad insaciable de atención, de ser tomado en cuenta, de convertirse en valor para alguien. Como esto no lo consigue por el amor, aprende a buscarlo y obtenerlo por la violencia que va desde el llanto insistente e insoportable de los primeros años hasta luego, a medida que va pasando por la adolescencia y llegando a la adultez, con toda clase de acciones violentas que le hagan notarse, adquirir relieve en su ambiente y en último término poder sobre los demás: La violencia se convierte así en su manera normal y para él justificada de lograr lo que en la jerga del delincuente se conceptúa como respeto que globalmente viene a ser una mezcla, o mejor combinación, de consideración, aceptación, estima y autoestima, valoración y autovaloración, exhibición de valentía, atrevimiento, asunción de riesgo, virilidad en cuanto machismo agresivo, capacidad de ejercer poder y provocar temor. De nuestro estudio se deduce el respeto que constituye la más fuerte y firme motivación de la conducta criminal en el ánimo del delincuente.

En el fondo de esta necesidad de respeto mantenida a lo largo de toda la vida y siempre creciente, hay, pues, una falla profunda, real o percibida, de la madre, lo que se expresa como una relación gravemente conflictiva con la figura materna.

En todos los casos el padre no significa nada o muy poco, tiene poca influencia en la vida del delincuente, lo cual no se sale de lo que normalmente acontece en la familia matricentrada venezolana. Cuando significa algo, por diversas

circunstancias internas al grupo familiar, esa significación ha sido, más bien, inducción mayor a la delincuencia: un padre delincuente él mismo, muy violento y agresivo, iniciador del hijo a la droga, o muy duro con el hijo obligándole a trabajos muy fuertes, sometiéndole a disciplina excesivamente estricta, sometiéndole a sacrificios excesivos en su primera infancia.

En casi todos los sujetos, pues, hemos encontrado la presencia de un padre, pero de un padre no significativo. Ni siquiera malo en la mayoría de los casos, sino «insignificante». Está como pudiera no haber estado. Incluso la familia, en general, está ausente o con una presencia desvaída. Aparece tarde en la historia-de-vida y también con poca significatividad. No se encuentran en ellos fuertes núcleos afectivos. La mayoría de sus historias se pueden definir como historias de ausencias: ausencia de familia, ausencia de madre, ausencia de afecto, ausencia de relaciones vinculantes, ausencia de atención. Cuando la madre falla, si no hay adecuada sustitución, hay un vacío instalado en el núcleo vital de la personalidad.

La historia-de-vida de Héctor, el asesino joven, muy cínico, está guiada asimismo por la falta de madre:

Cuando tenía quince años, ya tenía seis homicidios. Mi vida no ha sido así, una vida amorosa, chama, yo he sufrido que jode también. Yo he estado sin, sin padre, sin mamá. Desde los catorce años, me fui de mi casa. No me ha faltado nada pero en cosas materiales, pero sí, sí, sí me han faltado cosas pero de amor, de cariño y... ¿cómo te digo? Después de los quince años empecé a caer preso. He pasado los quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho años (...) mi familia no me ha querido mucho, no me ha dado el apoyo que necesitaba.

La historia de Gabriel es la del huérfano de madre cuya figura no es sustituida por ninguna otra madre: está al cuidado del padre con el que tiene relaciones muy conflictivas. Del papá recuerda los regaños, dice. No hay nada positivo asociado con el padre. No habla de ninguna figura materna. Falta la madre por muerte y sustituida por nadie. El padre, en el mundo popular, no sustituye nunca a la madre, aunque esté ahí y lo intente.

La vida delinencial de Tata está relacionada con la presencia del padrastro, al que describe con rasgos muy negativos, y la indiferencia de la madre, la cual «nunca le decía nada; él me pegaba y no le decía nada»:

Yo voy a empezar cuando yo... Yo me acuerdo desde los doce años, de los doce, once años..., que tenía muchos problemas en mi casa. Uno, que era el padrastro mío que nos jodía mucho por nada. No me dejaba salir ni a la calle. To el tiempo era un peo. Me jodía sin necesidad; corría a mi mamá; partía los platos y... Yo me decepcioné com-

pleto de él fue cuando lo vi consumiendo droga con un tipo en el baño. Coño, me cayó mal. De ahí, entonces, ya todo fue diferente. Me jodía cada vez que le daba la gana. Y coño, yo... yo me rebelé más, después... Un veinticuatro e diciembre que yo me acuerdo... siempre. Yo tenía como, como, como once, once, diez años, me acuerdo bien. Él llegó... taba con el tipo en el baño y... y salió. Yo me había cambiao e ropa. Veinticuatro e diciembre... to el mundo se cambia temprano y él sin necesidad ninguna, él llegó y me dio... un co... unas cachetás, casi me... me partió la boca. Sin necesidad me partió la boca, la nariz... y ahí yo agarré, me metí pa dentro. No lloré porque no me dio, no, no, no me dieron ganas e llorá, sino me, me tapaba la sangre. Me quité la ropa... y la quemé entro el cuarto. Mi mamá me preguntaba que por qué lo hacía y yo le decía: —No, por nada. No, por nada. Nunca, nunca le decía nada, él me pegaba y no le decía nada. De allí, entonces, cuando me castigaba, cualquier cosa que le daba la gana a él, agarraba dos chapas y me arrodillaba en las chapas sin necesidad ninguna. Mis hermanas... Mis hermanas se fueron por culpa de él. Coño... me dolió... bastante, porque me sentía solo. Todas mis hermanas se fueron por culpa de él. Intentó violalas varias veces. Como yo estaba ahí... él nunca, entonces, a lo mejor me tenía, me tenía... rrechera.

En todos los sentidos y por todos los lados que se mire, la figura única realmente significativa en la familia matricentrada es la madre, que cuando no es adecuadamente sustituida por una figura materna plenamente acorde con las características que la cultura del mundo-de-vida popular a toda madre le exige, falla gravemente en su adecuación a esas exigencias y produce graves perturbaciones en la vida de los hijos.

Lo importante para la normalidad de una persona es que exista para ella una figura materna que la ame, la estime y le dé significatividad.

La historia-de-vida de Ismael es paradigmática al respecto. De niño muy pequeño, quizás unos tres años, se encuentra solo en un mercado y allí es recogido por unas mujeres que son agentes de policía. Desde ese momento pasará de institución en institución, de la policía a un instituto de religiosas a través de las cuales entrará en contacto con una señora que lo tomará por ahijado, una auténtica madre sustituta, y sin perder esa íntima relación completará su educación en una institución de religiosos. Tuvo, así, siempre figuras maternas realmente positivas con las que pudo establecer relaciones afectivas sólidas y, a partir de la adolescencia, figuras paternas que le sirvieron de guía en la vida. Así, careciendo de madre concreta y hasta de familia, encontró figuras maternas y paternas que suplieron adecuadamente.

Si en la cultura hay una gran madre simbólica que todo venezolano experimenta en todo lo que le rodea y en todo lo que lleva incorporado como identidad

en su persona y que cualifica a todas las madres concretas de cada cual, cuando ésta falla se produce en la persona una desubicación radical de su propia manera de estar en la realidad con graves consecuencias para ella. En unos casos, como en los delincuentes de nuestro estudio, una desviación grave de las normas establecidas por esa misma cultura y que rigen la manera propiamente venezolana y humana en general de convivir. En otros casos, serán distintos tipos de trastornos psíquicos y sociales. Carecer de madre, en este sentido, es lo peor que puede sucederle a un venezolano. Y no se diga que eso es grave para cualquier ser humano porque en otros mundos-de-vida y en otros modelos de familia el que carece suele tener la figura paterna que puede compensar, sobre todo si se considera que el vínculo con la madre no es único, exclusivo y excluyente como lo es en la familia matricentrada.

Sin embargo, no obstante todo lo que la investigación nos muestra con claridad sobre las relaciones entre la violencia del delincuente y las fallas de la figura materna, es común encontrar en la mayoría de los discursos de la academia venezolana, sociólogos y docentes, la idea de que la violencia en Venezuela se debe a la familia supuestamente desintegrada, especialmente a la falta del padre, pues, éste representa autoridad y disciplina.

A partir de ahí, en las terapias de familia, generalmente a la madre se le recomienda o exige que debe buscar para el niño una figura paterna, sea por medio de una pareja, lo que sería buscarle un padrastro, o la proximidad de un familiar varón. La figura paterna, según la psicología tradicional, es la garantía de que el niño aprenda a ser hombre. Su ausencia produciría en el niño un problema de identidad incluso sexual.

Las psicopedagogas que conocí en mi trabajo de la Colmena de la Vida —narra un pedagogo— consideraban que los niños que sólo conocían a sus madres difícilmente podrían establecer relaciones afectivas serenas o de pareja en un futuro. El ser padres responsables era una posibilidad casi milagrosa si se daba, pues no tenían un modelo paterno. Incluso el sólo favorecerles el encuentro con la madre era un proceso casi infructuoso porque sin la figura del padre siempre iban a adolecer de estabilidad e identidad.

Al padre le dedicaremos un apartado específico y amplio.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando a pesar de todas las desviaciones conductuales que pueda presentar un hijo y de todos los trastornos la madre no falla y mantiene su presencia afectiva aun en la distancia?

La historia-de-vida de Pedro nos muestra lo que acontece desde la vivencia del hijo y la historia-de-vida de Felicia cómo ello se vive desde la experiencia de la madre.

«Ahí es donde empiezo ese período de coño ‘e madrada. Es un período así como de... de libertinaje. Quién me mete eso en la cabeza, bueno, son mayores que yo, ¿no? Bueno, vamos pa’llá, vamos a echarle leña y más nada». Tiene quince años y se está iniciando en la adultez. La iniciación se produce en un ambiente que roza con la delincuencia, que se sitúa en una línea limítrofe, en una frontera que traspasa a veces, sobre todo los fines de semana, y de la que regresa en el tiempo ordinario, el de trabajo y de vecindad. Mundo de alcohol, de burdel de barrio, al que accede en grupo y del que usufructúa en grupo.

«Sí, tú sabes—le dice al cohistoriador—que cuando tú tienes quince años, tú me hablas una cosa, éste me habla otra, ella me habla otra y, bueno, parece que tú buscas pa’ onde peor te hablen. Como yo veo que toítos iban y tal, bueno, yo también voy pa’llá; pa’ no quedar mal, entonces iba». Riega también en ese tiempo su primera hija, fruto del primer apareamiento sin ninguna intención de compromiso.

En esas andadas de grupo cae en una operación de la policía y un efectivo de la Policía Técnica Judicial se ensaña con él a golpes, mientras a los demás no les hace nada. Sorprendido le pregunta por qué ese ensañamiento y el agente le dice que sabe muy bien quién es y que conoce también a su mamá, la cual está muy preocupada por él hasta haberse enfermado. El funcionario le amenaza con castigarlo más si no deja esa vida con la que está matando a su madre. Pedro reflexiona y se siente fuertemente culpable. A partir de ese momento decide cambiar.

Permanentemente en la frontera de la delincuencia hay, sin embargo, en él una llamada a no caer totalmente, a no entregarse. Es la llamada de la madre. Ella lo rescatará al fin y al cabo.

En la Venezuela popular, es la madre, y sólo la madre, la figura determinante en la orientación de la conducta del hijo. Por experiencia en los barrios, por la participación en el vivimiento de los mismos y por las historias-de-vida sabemos que, si el «malandro» tiene madre viva o muerta, esto es, si tiene vivencia de figura materna—puede ser una abuela, una tía, una madrina; no necesariamente la mamá—, de la que ha recibido afecto y consideración y la que, a su vez, es una persona que merece ser amada y respetada, rescatarlo es posible, pues hay una base sana en la que anclar un cable de salvación. Cuando, en cambio, el «malandro» no tiene esa vivencia positiva de fondo, sea porque perdió a la madre en sus primeros años y no hubo figura válida que la sustituyera, sea porque la madre nunca le brindó vivencias sólidas de afecto, sea porque la misma figura materna—por prostitución, drogas, delincuencia—no pueda ser amada y estimada—no reproduce el modelo cultural popular de la madre—, no parece haber esperanza de recuperación. Son éstos los delincuentes más osados y más cruelmente fríos, los que hemos calificado en nuestro estudio de «estructurales». Su osadía no parece tanto valentía cuanto búsqueda de muerte. Retan constantemente a la muerte exponiéndose

y provocando que otro se la dé, hasta que lo consiguen, pues no tienen verdadera razón para vivir dado que nunca han sido realmente amados.

En Pedro hay una fuerte, cálida y sólida figura de madre.

Desde la experiencia de la madre tenemos en la historia-de-vida de Felicia el proceso de recuperación del hijo que se encontró envuelto en la adicción a las drogas.

Me queda otro hijo que... me dio mucho sufrimiento. Demasiado. Por lo menos... Por una parte no me avergüenza porque es mi hijo. Por otra parte sí me avergüenza por los hechos. Yo siempre he tenido una fe muy grande en Dios. Siempre me decía... Yo lo llamaba y conversaba con él (...) Yo le pedía con fe y esperanza a Dios que me sacara a mi hijo de ese infierno donde vivía. Mi hijo para esa época... (...) Mi hijo vivió un tiempo muy deprimente. Un muchacho que se metió al vicio de la droga. Para mí no había noche completa de poder decir yo dormí. Yo no. Yo era vigilando a mi hijo, cuidando a mi hijo. Yo me arrodillaba. Yo le lloraba. Yo le suplicaba y él a mí no me oía. Ni siquiera comía en la casa. Como entraba, salía. Lo único que se me vino una vez: yo voy a ver cómo yo lo castigo. Ya he visto que no me oía, yo me encerré en mi cuarto y redacté una carta (...) Esa carta yo la redacté, donde yo lo culpaba a él de mi muerte, donde él pagaría. Y yo le dije a él: Me voy, pero tú vas a pagar por mi pérdida, porque tú eres el que me ha llevado a esto. Yo, antes de hacerlo, le pedí permiso a Dios, pero no lo estaba haciendo porque lo iba a hacer de verdad, sino para asustarlo, buscando una salida para él. Entonces yo me vestí el otro día. Él tenía una mujer para esa época, que es la misma con quien vive ahora. Le dije: —No, yo me voy. Después que yo haya agarrado el carro y consideres que estoy más o menos a tres horas de camino, tú le entregas esta carta a mi hijo. Sí; entonces así lo hizo ella, pero yo no me fui sino para donde mi hija. Ahí fue donde yo le he contado la verdad a mi hija. Allí me tuve tres días. A los tres días, tanto buscarme... Al fin, que a él no le quedó otra alternativa sino irme a buscar donde mi hija, donde su hermana. Después que llegamos a la casa, él comienza a llorar. Entonces me trajo. Me traía abrazada, venía conversando conmigo, venía llorando... Y yo callada. Yo no decía ni una cosa ni la otra. Entonces, cuando llegamos a la casa, yo me metí a mi cuarto y yo le dije a él: —Le pido perdón a Dios por mi pensamiento. Si tú me compruebas y me pides perdón y le pides perdón a Nuestro Señor de rodillas. Entonces, llegó él, agarró un pedazo de manguera y me dijo: —Mamá, tome, hágalo como yo le diga, pero deme duro hasta romperme la boca, porque yo no debo hacerla sufrir a usted. Yo no le quería pegar porque no sentía rabia sino dolor. —Hágalo, mamá, hágalo.

Yo lo hice. Y se arrodilló, me pidió perdón y me dijo: —Mamá, desde hoy en adelante puedes confiar plenamente en tu hijo (...) Bueno, de ahí para acá las cosas han cambiado.

En este contexto de fallas de la madre hay que incluir la figura de la madrastra.

El *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) nos informa que el término es un «despectivo» derivado de madre y lo define como «mujer del padre respecto a los hijos llevados por éste al matrimonio», pero también en segunda acepción y como significado poco usado: «Cosa que incomoda o daña». Ambos, sin embargo, se relacionan en su connotación negativa.

Con carga despectiva y un tanto maligna, objeto de terroríficos cuentos infantiles donde se destaca por su crueldad hacia los hijastros, unos hijos del hombre con el que se une en matrimonio o en simple concubinato, ejerce función materna en lugar de la madre verdadera sobre unos hijos que no son suyos. Sucede ello cuando los vástagos del hombre pierden a la madre, ya sea por muerte, por abandono o por ruptura de la pareja madre-padre, cuando éste, por alguna circunstancia, como puede ser una decisión judicial tras un divorcio, rechazo materno o voluntad propia, los incluye en la nueva familia que forma con una nueva pareja.

No se pueden considerar madrastras a las abuelas, las tías u otras mujeres pertenecientes a las familias de cualquiera de los padres que sustituyen a la madre ausente, caso que se da con relativa frecuencia en Venezuela. Son pocas las situaciones en las que la familia, materna sobre todo, no asume la falta de la madre.

Para que una mujer pueda ser considerada madrastra, ha de ser externa a la familia de sus hijastros, unida al padre de los mismos en pareja y conviviendo con ellos en un mismo hogar.

Cuando se rompe la pareja, lo más común es que los hijos se queden con la madre y no sigan al padre a su nueva familia. Tendrán luego probablemente experiencia de padrastro, pero no de madrastra pues la nueva pareja del padre no será tal si no hay convivencia con ella.

Esto es lo exigido por la misma estructura de la familia matricentrada pues en ella los hijos son de la madre y no de la pareja.

Es lo que encontramos en el relato de Isabel:

Mi caso fue diferente porque yo no conocí a mi papá y a mi mamá juntos. Ellos estuvieron casados y se separaron cuando tuvieron a mi hermana, que es un año menor que yo. Y nosotros empezamos a vivir con la familia de mi papá —yo tenía nueve años—. Entonces, él siempre tuvo parejas, pero él siempre vivió donde mi abuela, o sea, él nunca tuvo la pareja en la casa. Hubo una que yo no supe que era su pareja, pero cuando yo tenía entre once y doce años, él empieza con la que es su pareja actual. Nosotros toda la vida supimos que él estaba con ella pero no convivimos. Yo al principio no tuve buena relación con ella. Sabíamos que estaba con ella, pero no vivía en la casa, porque esa era la casa de mi abuela. Solamente mi mamá, que fue la que se casó con él. Cuando mi abuela muere, es que él se va con ella. Nosotros nunca

tuvimos la experiencia de la madrastra dentro de la casa. Ahora yo le digo mi madrastra porque nos tratamos mucho y tenemos una buena relación, pero de adulto es diferente a como es de niño.

En la sociedad venezolana tradicional, en la que predominaba la vida rural, abundaban los hijos «bastardos» habidos en mujeres del pueblo por un hacendado o propietario de tierras, que también mantenía una propia familia oficial con hijos del matrimonio. Los bastardos, con mucha frecuencia, vivían con su madre, pero pasaban el día en la casa del padre, que muy pronto los ocupaba como capataces o encargados de otros empleados. La mujer legítima estaba al corriente de su situación y procuraba atenderlos bien en el tiempo que pasaban en su casa, pero no podía considerarse madrastra pues no ocupaba el lugar de sus madres.

La experiencia de Pedro, en su historia-de-vida, desvela los significados que yacen en el fondo de la relación entre madrastra e hijastro cuando Pedro es incluido en la familia que su padre ha formado y en la que tiene varios hijos.

«Como ella me decía: tú eres bastardo, tú no eres... Ellos (los hermanastros) decían con orgullo: mira, nosotros somos hijos de mi mamá y tú no, tú no eres nadie, tú aquí no entras». Las palabras no necesariamente son textuales pues pertenecen a los recuerdos del momento en que se narra la historia, pero los significados que expresan sí son confiables.

156

Ante todo, nos fijamos en los personajes que aquí aparecen: la madre para unos y madrastra para él, los hijos de ella y el hijo de otra mujer. El personaje que no aparece es el padre de todos los hijos, hermanos y hermanastro.

Enésima confirmación de que ni siquiera en este caso, en el que lo único totalmente propio de Pedro es su padre, éste aparece. El juego está entre madre e hijos.

Para la madre, el hijo de otra mujer y de su esposo, aun antes del matrimonio, no es sino un bastardo y, por lo mismo, muy inferior para ella a cualquiera de sus hijos. No lo ve ni siquiera como medio hermano de ellos y, por tanto, como se suele decir, de su misma sangre. No pertenece, por ende, a la familia pues ésta está constituida por la madre y sus hijos. Ni el padre ni sus productos tienen significación.

La narración de Pedro parece tomada de los cuentos de cenicientas de la mayoría de las culturas cuando evocan la figura de la madrastra:

Me pegaban y, si yo le decía a mi papá, le decían que era mentira pa que mi papá me pegara. A los hijos no les pegaba, a mí era que me pegaba. Será que como yo no era hijo de ella, ella me pegaba mucho (...) tendría como cinco años. Cuando llegué a ese sitio, yo pensaba que llegaba a un mundo mejor. Parece que llegué a algo peor. Nunca tuvieron interés por mí, en inscribirme en una escuela, y me mandaban a una escuelita de una señora que era mujer de un policía.

El plural es porque incluye en esas decisiones al propio papá, que seguía dócilmente las iniciativas de la esposa.

Pedro no pertenece a la familia y, por lo mismo, no se le trata como a los de la familia. El papá no tiene ningún poder sobre la familia, por tanto no puede intervenir a su hijo y lo único que logra es formar tienda aparte con él para algunas cosas, pero no puede liberarlo ni de la discriminación ni del maltrato. Sin embargo, es el único vínculo afectivo que posee y a él se apega y con él establece, además, toda una red de complicidades. Van juntos a hacer diligencias. Conoce a la amante del papá, quien se la presenta y le compra ropas sin el consentimiento de la mujer. Pero el padre es impotente, no lo puede defender, esto es, no puede ejercer de padre para él; puede ejercer de amigo, de cómplice, de confidente, pero no puede darle familia. Por eso fracasa esta primera experiencia con su papá, el cual no tiene otra salida sino regresárselo a su mamá en casa de la abuela materna.

Una nueva experiencia en la casa del papá y la madrastra marcará su futuro lanzándolo por un tiempo a la calle y a desviaciones de conducta de las que la madre indefectiblemente lo sacará.

Las experiencias de madrastra y mucho más, como veremos, las de padrastro, pueden tener consecuencias muy negativas para los hijastros que tienen siempre mucha dificultad para establecer relaciones satisfactorias con ellos.

La conflictividad con la madrastra y la debilidad del padre que no lo puede defender inducirá a Pedro a escaparse de la casa. Tenía trece años. La conducta del papá a su respecto, lo decepciona definitivamente. Ya sabe que no tiene padre y por todo ello se fuga. Esa fuga no es una simple reacción de adolescente ante un duro episodio más de opresión sufrido en relación con su situación de «bastardo», el cual fue la ocasión circunstancial, sino que es el punto de llegada de un largo proceso en el que va perdiendo la ilusión de tener un padre de verdad. La madrastra no sólo no lo acepta en la familia sino que va desnudando, al mostrarlo como impotente ante ella y sus abusos, la debilidad y poca significación del padre en la familia matricentrada.

Un día llega mi hermano y empezamos a discutir. No sé por qué... Llegó él y me dio una pedrá a mí. Yo no le podía hacer nada porque mi papá y su mamá lo apoyaban. Entonces mi papá me pegó, así, delante de toda la gente; me tiró en el suelo y me pegó con una correa y a él no le hizo nada. Entonces, yo le dije una grosería a mi papá y en la madrugada, agarré un fuerte, mis papeles y una bolsita con un pantalón y me vine pa'l barrio.

Una experiencia de madrastra y de padre débil que pudo terminar en una conducta delincuencial si no se hubiera encontrado con familiares a través de los

cuales toma contacto con la propia madre. Ella sí es fuerte, lo apoya y no le abandona ni cede ante nadie, como ya hemos visto cuando Pedro llega a reclamar su ropa.

En el relato que tomamos de un investigador del CIP, cuyo nombre ocultamos por referirse a su propia familia, podemos encontrar lo que puede suceder cuando se desconocen los procesos dinámicos de la cultura del mundo-de-vida popular y por motivos religiosos, ideológicos o de pertenencia a otras culturas se da el caso de un hijo convertido en hijastro de una madrastra.

Tengo un sobrino hijo de mi hermano, al que hace cinco años se le murió su mamá. Él tenía siete años. Mi hermano con su esposa, venían manejando él, y su hijo, con un carro prestado y se estrellaron en La Guaira en uno de los túneles. La esposa murió y él quedó vivo junto con su hijo. La gente decía en el funeral: «¡Se vino a morir la mamá y no el papá!». Eso era una cosa muy impresionante, pues, la gente comentando eso. Las tías maternas tenían como el deseo de que el niño se fuese con ellas. O sea, que se fuese a vivir con ellas. Lo normal, pues. Mi hermano, aconsejado por algunos religiosos que daban mucha importancia al papá en la educación del niño, no permitió que ellas se metieran. Ellas por su parte intriguaron para distanciar al hijo de su padre.

158

Aquí tenemos dos culturas, dos mundos de vida en contradicción. El mundo de vida venezolano pide que el niño se vaya con las tías, las únicas que pueden sustituir a la mamá, según la manera de pensar de la familia matricentrada. El ambiente religioso en el cual se ha educado el papá pide que él se haga responsable del hijo y ahí está la contradicción. ¿Cómo se relacionan ahí los dos mundos?

Y así fue hasta que mi hermano se consiguió a una mujer o una mujer se lo consiguió a él. A mi hermano, económicamente, le va bien. Resulta que esta mujer es de esas mujeres populares que son solamente para los suyos. O sea, las cosas y todo lo demás son para ella y para los suyos. Los suyos es su familia materna. Esta mujer, con mi sobrino, tuvo una relación terrible. O sea, de no aceptación. Mi hermano tuvo que enviar al hijo a una psiquiatra junto con la mujer. La psiquiatra le dijo: mira, lo que pasa es que tú no quieres al hijo de tu marido y el niño tampoco te acepta. Mi hermano lo que ha logrado en esa situación es: primero, rompió los lazos afectivos con la familia materna del niño; segundo, logró un formalismo en el trato cotidiano, donde le puso a ella, a la mujer de él, la responsabilidad del hijo, para que asumiera algunas cosas del niño, como el estudio, la tarea, la comida y resulta que ella con él era muy estricta, y, en cambio, con los sobrinos de ella totalmente flexible, totalmente abierta, totalmente amiga, cercana. En algún momento el niño me dice: «La mujer de mi papá a mí me da una arrechera porque cuando ella y yo estamos solos ella a mí

me llama por mi nombre, pero cuando está mi papá ella me dice papito. Lo que pasa es que a mi papá yo lo quiero tanto que yo no puedo hacerle la vida imposible con esa mujer, pero es tan arrecho lo que me está pasando, que yo a esa mujer la repugno. Es una mentirosa, es una falsa. Y mi papá no se da cuenta de eso. ¿Y yo qué voy a hacer, tío? Yo no voy a abandonar a mi papá». Ahora a mi sobrino le salió la idea de irse al seminario.

Otra forma de fuga, distinta de la de Pedro, ante el rechazo de la madrastra y la debilidad del padre, que es lo único que al hijo le queda. Podemos pensar que si ese padre se hubiera inclinado por entregar el niño a las tías como sustitutas naturales de la madre y aceptando él su posición de tangente en la familia matricentrada que de alguna manera ellas podían reproducir, el proceso de crianza se hubiera dado dentro de los parámetros del mundo-de-vida popular sin mucho conflicto.

La madrastra en la experiencia venezolana, en la familia matricentrada, es relativamente escasa o por lo menos no superior a la de la familia nuclear por la fuerza misma de la estructura de la matricentralidad. Cuando la madre desaparece, por cualquier motivo, de la vida del hijo, la familia matricentrada tiende a reproducirse con la figura de una madre sustituta (abuela, tía, hermana mayor, madrina), de modo que el padre no se lleva al hijo, porque en el fondo no es propiamente suyo, hijo de padre. Mientras el padrastro es muy común, como veremos, la madrastra poco se da.

Las madres no quieren que sus hijos, si ellas desaparecen, sean sometidos a una madrastra. Es interesante, al respecto, y como señal, la confesión con la que una madre cierra su relato sobre su padrastro que veremos en su momento:

Yo le digo a mi esposo: si a mí me pasa algo, porque tenemos experiencia en la familia donde ha muerto una de las parejas, si yo me muero, yo te voy a agradecer, no metas a mujeres aquí en la casa. Haz lo que tú quieras, ten relación con quien tú quieras, pero no en la casa con nuestros hijos porque es un problema. Te lo digo porque yo tengo experiencia doble de padrastro y de madrastra.

Y, sin embargo, su experiencia de madrastra no ha sido propiamente tal sino de la nueva pareja del papá que forma familia aparte y con la que nunca propiamente ha vivido sino por cortos tiempos, mientras la convivencia constante ha sido con su mamá y su padrastro.

### **La madre venezolana es joven**

La iniciación a la madredad en el mundo-de-vida popular venezolano es muy temprana. No sólo la experiencia de quienes viven esa realidad en las propias familias y en su entorno, sino los datos derivados de investigaciones, censos, informes

y encuestas lo confirman. Las cifras pueden variar un tanto pero generalmente coinciden sustancialmente.

Entre los países latinoamericanos, Venezuela ocupa el primer lugar. Según el informe sobre el Estado de la Población Mundial del año 2012, del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), la tasa de nacimientos por cada mil mujeres menores de diecinueve años es de 101, superior a la de Colombia y Ecuador, y sólo inferior a la de Honduras y Nicaragua. Mary Carmen Villasmil, oficial de Población y Desarrollo del UNFPA en Venezuela, informó que los embarazos en adolescentes se mantienen en uno por cada cinco, es decir, 20% de las mujeres embarazadas en Venezuela anualmente tienen entre quince y diecinueve años de edad.

Hay que tener en cuenta que la Organización Mundial de la Salud (OMS) define como adolescentes a las personas que están entre diez y diecinueve años de edad, lo cual ya de por sí es discutible porque se incluye en una sola categoría a situaciones etarias tan diversas como prepúberes, púberes, preadolescentes, adolescentes y jóvenes adultos. Igualmente la LOPNA, en su artículo 2, dice: «*Definición de Niño y de Adolescente*. Se entiende por niño toda persona con menos de doce años de edad. Se entiende por adolescente toda persona con doce años o más y menos de dieciocho años de edad».

La Encuesta Nacional de Juventud 2013 de la UCAB indica que el 15% de las mujeres entre quince y diecinueve años son madres. Esta cifra se incrementa al 45% en el segmento de veinte a veinticuatro años, mientras sólo el 1% de los varones entre quince y diecinueve años se declaran padres y el 21% de los que tienen una edad entre veinte y veinticuatro años. A la maternidad juvenil atribuyen en parte el abandono de la escuela y de la educación en general. Así, el 25% de quienes, siendo adolescentes, dejan la escuela, lo hacen por razones familiares tales como embarazo, cuidado de hijos o cuidado de hogar. En promedio las mujeres tienen su primera experiencia sexual a los 17,8 años, mientras los varones la tienen a los 15,3. Veremos más adelante en los testimonios de jóvenes lo que la encuesta señala, esto es, que a menor edad en la actividad sexual, menor protección sea contra enfermedades como contra embarazos. Algo más de la mitad de los jóvenes, en efecto, no usó ningún método de protección en su primera relación sexual y de los que utilizaron alguno, el condón masculino fue el más frecuente.

Por lo menos 8.000 niños nacieron en Venezuela de madres que no llegan a los quince años de edad durante el año 2013. Las cifras contenidas en el informe Maternidad y Niñez del Fondo de Población de las Naciones Unidas 2013 indican que cada día nacen veintiún bebés de madres adolescentes.

Como muestra, en *El Nacional* del 2 de enero de 2013, al dar la noticia de los primeros nacidos el nuevo año en el país, enfatiza que todos fueron hijos de mu-

jeros adolescentes. En la misma nota se señala que el 40% de las mujeres que dan a Luz en la Maternidad Concepción Palacios son menores de veinticinco años.

El auxiliar del Fondo de Población de las Naciones Unidas en Venezuela, Jorge González, señaló que el mayor número de embarazos entre los doce y los quince años de edad se da en zonas con población de bajos recursos, especialmente en Amazonas, Delta Amacuro, Apure y Zulia, donde se concentra la población indígena.

El 95% de las venezolanas ha tenido por lo menos un embarazo. El dato fue obtenido de un estudio del Instituto Nacional de Estadística, en una encuesta demográfica realizada en 2010 que detalla que la mayoría de las venezolanas tiene un hijo antes de cumplir los treinta y cinco años de edad, lo cual no tiene nada de pernicioso ya que después de los treinta aumenta el riesgo de tener hijos con algún problema congénito.

La Organización Mundial de la Salud calcula que en el país hay aproximadamente 600.000 embarazos anuales, de los cuales 120.000 corresponden a niñas y jóvenes. La cifra resulta alarmante para Huniades Urbina-Medina, presidente de la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría: «Pone a nuestro país en primer lugar en embarazos en adolescentes en América Latina».

Según el Ministerio de Salud, en su página web (2007), en 1990 las madres entre quince y diecinueve años, eran el 13,8%; en 2001, el 15% y en 2010 (proyección) del 27 al 30%.

Algunas zonas de la capital superan las tasas de 30% que se registraban hasta hace tres años en estados deprimidos como Apure y Barinas. Todo indica que los programas sociales han fracasado hasta el punto de que los expertos consideran como un hecho que el 50% de las que en un momento fueron madres adolescentes tienen otro hijo antes de los veinte años, esto es, dentro de lo que todavía la OMS considera como adolescencia.

Una situación semejante es vista por médicos, sociólogos y demás profesionales relacionados con estos temas como una preocupación importante por los efectos que tendría la maternidad temprana sobre el desarrollo y la educación de las mujeres, amén de ser considerado como un problema de salud pública. La misma Constitución y las leyes establecen medidas para evitar su permanencia y profusión. Los distintos agentes sociales en salud se quejan de que esas leyes no se concretan con programas preventivos y educativos de comprobada efectividad. Se desarrollan, en consecuencia, campañas de todo tipo para reducir esto que mundialmente es conocido como «embarazo precoz». Las campañas no parecen producir efecto y el fenómeno sigue manteniéndose y aun aumentando.

En todo esto intenta también intervenir el Estado a través de sus distintas instituciones. Según nota aparecida en *El Universal* el 21 de octubre de 2014, la Sala Constitucional de TSJ «declaró parcialmente con lugar el recurso de nulidad por inconstitucionalidad que la Defensoría del Pueblo interpuso en febrero de 2010 contra el

artículo 46 del Código Civil, el cual abría las puertas al matrimonio prematuro al permitirle a los hombres mayores de dieciséis años y a las mujeres de catorce unirse legalmente». Éstas son las edades que aparecen en la gran mayoría de los códigos tradicionales, incluyendo el Código de Derecho Canónico para el matrimonio eclesiástico. La Sala insta al Parlamento a modificar el artículo en cuestión argumentando que:

El matrimonio debe ser producto de una decisión libre, y el consentimiento pareciera no ser totalmente libre y cabal si al menos una de las partes es «excesivamente» inmadura (...) Para los adolescentes el matrimonio prematuro tiene un profundo efecto físico, intelectual, psicológico y emotivo que limita casi indefectiblemente las opciones educativas y de crecimiento personal; con la salvedad expresa de que son las niñas las que incluso llevan la peor parte, pues el matrimonio prematuro viene casi siempre emparentado con el embarazo y parto prematuro, y con una espiral de violencia física, psicológica, doméstica u obstétrica al carecer de las herramientas necesarias para evitar que el manejo de la relación de pareja se realice a través de cauces violentos.

Cualquiera entiende que con esta medida no se evitan los llamados embarazos precoces sino que más bien se fomenta el nacimiento de niños fuera de los cauces legales.

La experiencia de quienes trabajan en barrios, especialmente en actividades de promoción social, les dice que la información y los conocimientos técnicos sobre embarazos y prevención llegan a los jóvenes y, sin embargo, no producen el efecto que sus promotores desean. Todos los programas enfatizan sobre los aspectos de la práctica sexual descuidando y obviando lo que tiene que ver con la afectividad, el compromiso de pareja, la responsabilidad. Ven el problema en el embarazo mismo y no tienen en cuenta las motivaciones personales en todo ello, la tradición cultural sobre todo, los factores que explican la permanencia de un fenómeno social no obstante todos los esfuerzos por controlarlo.

El fenómeno suele atribuirse, por la casi totalidad de quienes enfocan el tema, a deficiencias en la educación de niñas y adolescentes, y a la falta de conocimientos adecuados sobre cómo regular la sexualidad y prevenir los embarazos. Como ejemplo, podemos tomar las declaraciones a un importante periódico de la capital de Humberto Acosta, ginecólogo del Hospital de Clínicas Caracas y director de la asociación civil Nosotras Elegimos —creada para ayudar a reducir la incidencia de embarazo precoz—, según las cuales dice creer que los jóvenes carecen de información sobre planificación familiar. Aunque considera que ha habido esfuerzos importantes, apunta que no hay campañas de prevención bien planificadas y estructuradas.

Hoy no se puede afirmar sin más que las jóvenes venezolanas desconocen los métodos de control de la natalidad y lo mismo dígase de los varones. Se considera que el 91% de hembras y varones conocen cómo evitar el embarazo, pero sólo un 50% llega a ponerlo en práctica. Recurrir a semejantes explicaciones puede ser que tome en consideración sólo un aspecto y no el más importante de lo que acontece. El caso es que, no obstante todo, la mujer venezolana se hace madre en edades muy tempranas. Esta manera de comportamiento en relación con la maternidad es coherente con la identificación de la mujer popular venezolana como madre, proceso que comienza desde la primera infancia y está en la psicología, en la práctica de vida y en la más ancestral tradición del mundo-de-vida popular. Dígase lo que se diga sobre los prejuicios del llamado embarazo precoz, este pertenece a la identificación antropológica de los géneros populares venezolanos y ha existido desde tiempos lejanos perfectamente integrado al mundo-de-vida, en el cual siempre han existido los medios, las actitudes y las simbolizaciones que han permitido manejarlo adecuadamente dentro de las practicas de vida del mundo popular, tanto rural como urbano.

La maternidad temprana se suele también conectar con la permanencia de la pobreza entre nuestra población más carenciada. Así, una pediatra que forma parte del equipo médico del hospital J. M. de los Ríos, Saturnina Clemente, afirma a la agencia EFE: «Hay algo que se llama transmisión intergeneracional de la pobreza y de las historias familiares. Una abuela adolescente generalmente tiene una hija (madre) adolescente, una nieta (madre) adolescente. Las tres han sido madres adolescentes». La «transmisión intergeneracional de la pobreza» nos hace evocar la «Cultura de la pobreza» de Oscar Lewis, suficientemente descartada por la crítica más seria. Lo que sí ha sido una transmisión intergeneracional en Venezuela a lo largo de toda su historia es la maternidad temprana, pero no necesariamente unida a la pobreza. La rica mantuana María de la Concepción Palacios y Blanco, madre del Libertador, se casó a los quince años, en 1773, y cuatro años después, en 1777, a los diecinueve, dio a luz a Antonia, su primera hija. Los ejemplos se pueden multiplicar.

La misma pediatra arriba citada reconoce, sin embargo, que todas las jóvenes embarazadas que ha tratado en su ejercicio profesional quieren tener a sus bebés y algunas veces asumen su embarazo como proyecto de vida. Otra pediatra, Enriqueta Sileo, destaca ante dicha agencia de noticias que, una vez que los bebés de madres adolescentes llegan al mundo, estas mismas chicas se convierten en unas amorosas y responsables madres pese a las muchas e increíbles historias que pueden estar detrás de esa maternidad temprana. «Por ejemplo, hace poco llegó a la consulta una muchacha y le pregunté que por qué salió embarazada tan joven y me dijo: “es que yo quiero que mi hija reconozca y sepa lo que es el amor de una abuela”; eso no está escrito en los libros».

No se pueden, por tanto, catalogar esos embarazos como simplemente instintivos, productos de ignorancia, de carencias afectivas o de ambientes de pobreza. Las motivaciones pueden ser muy variadas, perfectamente racionales e inscritas en un proyecto de vida que encaja perfectamente en una tradición cultural y en un preciso mundo-de-vida.

Reseñamos a continuación algunos testimonios recogidos por Liza López en un trabajo titulado «Fábrica de madres», aparecido en *El Nacional* el 6 de septiembre de 2010. El enfoque de la periodista tiende a ser de lamento. No es ciertamente el nuestro, pero los testimonios nos interesan porque en ellos aparecen los significados que explican el fenómeno y sobre los que nos detendremos un breve espacio.

Desde el patio de la casa de Milagros se puede ver toda Caucagüita. La panorámica es similar a la de los otros barrios de Caracas: viviendas superpuestas hechas de bloque de arcilla, retazos de madera y techos de zinc, dispuestas en un laberinto comunicado por calles muy estrechas y escaleras casi infinitas.

El paisaje tiene desde hace unos años un elemento distinto, varios tanques de agua azules que colocó el Gobierno como prueba de que los programas sociales sí llegan hasta sitios deprimidos. Pero la casa de Milagros —situada en el barrio San Isidro, parte alta, de la parroquia Caucagüita— no tiene este decorado azul. Ella busca agua donde sea para preparar los teteros y la comida de sus tres hijos pequeños.

Aprendió a resolver a la fuerza este problema a los diecisiete años de edad, cuando tuvo su primer hijo; practicó con el segundo al año siguiente y siguió practicando con el tercero, que dio a luz hace dos meses. «Quedé embarazada cuando me puse a vivir con el papá de los niños. Nunca me cuidé porque pensé que eso no me pasaría a mí. Cuando quedé preñada del tercero, mi mamá me dijo ¡ya vas pa' tres, sácatelo!, pero yo no quise. El padre se fue hace tiempo y ahora tiene otra mujer».

Tampoco aceptó ligarse las trompas cuando los médicos se lo recomendaron. Le parece que con veinte años de edad está muy joven para mutilar esa parte vital de su feminidad.

Se mudó de nuevo con su mamá cuando tuvo el segundo hijo, que nació con hidrocefalia. Lo bautizó José Gregorio, como el venerable médico trujillano. Entonces comenzó a vender helados en vasito para ayudar a comprar pañales. Su madre —abuela a los treinta y nueve años— también la tuvo cuando era adolescente y entiende que a esa edad es complicado ser autosuficiente.

Destacamos ahora algunos significados que subyacen de fondo a la conducta de Milagros, quien viene a ser todo un tipo representativo de las jóvenes en sus mismas condiciones.

Milagros se «pone a vivir», antes de los diecisiete años, con el que será padre de sus hijos. Ponerse a vivir, sin noviazgo previo, sin período de conocimiento y acoplamiento precedente, sin desarrollo de lo que propiamente ha de llamarse amor, pero ciertamente no sin enamoramiento. Es la manera característica popular de formar pareja, tema que desarrollamos en otro lugar.

El padre se va y forma pareja con otra, para muy probablemente dejarla pronto y constituir una nueva pareja; así, repitiendo el esquema conductual hasta sabe Dios cuando. Milagros vive, por tanto, una familia matricentrada típica. No la vive como una anomalía, sino que forma parte del sentido y significado de fondo de su existencia.

Dice que no se cuidó «porque pensé que eso no me ocurriría a mí». ¿Qué no le ocurriría? ¿El embarazo? Pero si ya estaba embarazada. Y luego un segundo y un tercer embarazo. Se trata de que ser madre e identificarse y practicarse como madre en cuanto mujer es un significado del mundo-de-vida que Milagros lleva en su tradición cultural —ella también es hija del mismo proceso vivido por su madre— y no se discute. Por lo mismo, no quiso abortar. A pesar de todos los intentos de persuasión de los medios y del mismo Estado, el sentido de madredad se impone y se resiste al aborto así como a la ligadura «por no mutilar su feminidad», esto es, por dejar abierta la posibilidad a una continuada madredad.

Históricamente, la madredad juvenil está prevista en la tradición cultural y para ayudar, acompañar y suplir está la abuela; esto es, la madre de la joven madre. Así se completa la columna de madres que constituye la familia matricentrada.

Sigue el trabajo de la periodista:

La lección forzosa que aprendió Milagros la han tenido que asimilar entre 30% y 40% de las adolescentes de Caucagüita y de otras parroquias del municipio Sucre como Fila de Mariches, Petare, La Dolorita, y del municipio Libertador como Antímano, Macarao, Sucre y Santa Rosalía. Un estudio exhaustivo sobre maternidad temprana elaborado por el equipo de Anitza Freitez, demógrafa del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB, revela que en estas zonas del área metropolitana una de cada tres adolescentes ya es madre. «Nuestras investigaciones indican que mientras más arriba se sube en los barrios la proporción de embarazos de menores de diecinueve años de edad va aumentando».

No se trata de ninguna lección forzosa, sino de la continuidad de una larga tradición enraizada en la historia y en todo un mundo-de-vida en el que la madredad constituye la práctica de vida de las mujeres venezolanas.

«Industria de niñas-madre. En la calle donde habita Milagros vive al menos una docena de muchachas que comenzó a amamantar sin haber cumplido la

mayoría de edad. Cuando no cargan a los hijos en brazos o los llevan de la mano porque apenas empiezan a caminar, entonces se les ve barrigonas deambulando por el barrio».

Entenderlo como industria es una apreciación personal de la periodista y de muchas personas que no pueden comprender las matrices de sentido que constituyen el mundo-de-vida popular venezolano.

Cada una tiene una historia similar y ninguna se sorprende con anécdotas como la más reciente experiencia de Milagros: parió a su último hijo en el andén del Metro de Chacaíto. El 26 de junio pasado comenzó a sentir los dolores de parto a las 4:00 pm. Junto con su madre tomó la camioneta hasta la estación de Petare; la idea era llegar a tiempo a la Maternidad Concepción Palacios. Cuando el vagón se acercaba a Chacaíto rompió fuente y salieron apresuradas hasta el andén. Eran pasadas las 6:00 pm. «Gritamos para que viniera el muchacho de los tickets. Él llamó a los bomberos. No aguantaba más, así que me arrodillé y pujé al bebé. Pobrecito, le salieron dos chichones porque cayó al piso. La gente me veía. Los de la ambulancia cortaron el cordón y nos llevaron a la Maternidad Santa Ana. Se llama Dilan, pero en el barrio le dicen Dilan Chacaíto».

166

La periodista parece sorprenderse de que nadie se sorprenda. No se sorprende uno de lo que es natural.

«La nación es, en otras palabras, una fábrica de madres muy jóvenes, casi niñas. Y Caucagüita, una de sus principales sucursales». La observación es negativa y ciertamente compartida por los «bienpensantes» que no comprenden (pero quizás también practican) el fondo de sentido de la madredad venezolana.

Viene bien, después de estos testimonios, el de un joven varón que nos indica la aparición del nuevo padre que parece estar surgiendo entre los jóvenes actuales.

Tenía dieciséis años de edad cuando mi novia quedó embarazada. Por supuesto que sabíamos cómo protegernos, pero uno no se preocupaba por eso. Uno está en esa época en la que anda disperso. Es muy normal actuar así en mi generación. También es muy normal ver en un pueblo como éste (Choroní, estado Aragua) chamos de doce años que empiezan a tener relaciones y es común ver a chamas de catorce y quince embarazadas. Mi primera reacción fue asumir. Mi papá me enseñó a afrontar la vida con responsabilidad, siempre me dijo que uno no puede desviarse del camino que uno tomó. Él fue muy abierto y desde que yo tenía ocho años ya me hablaba sobre la procreación, me contaba que los indígenas procreaban a los catorce años. Mi mamá también fue muy abierta conmigo.

Nada extraño; está en la tradición tanto la paternidad como la maternidad temprana y los padres transmiten los contenidos culturales.

«Durante el embarazo, por momentos no quería encarar la situación, me iba hasta la cancha a joder con los amigos en lugar de apoyar a mi esposa (en ese momento novia) con la barriga. Me estaba muriendo de miedo, pero luego entendí y lo asumí con felicidad. Quería demostrar que podía asumirlo».

Con felicidad. No es ninguna tragedia ser padre joven o madre adolescente. Éste es el significado de fondo de ambos acontecimientos dentro de la tradición cultural.

«Mi familia lo tomó bien y su apoyo ha sido fundamental. Trabajaba en la biblioteca virtual del pueblo y toda esa beca era para nuestra bebé. Seguí estudiando y aunque me costó mucho, logré sacar bachillerato por parasistema».

Uno de los principales argumentos contra el llamado «embarazo precoz» es precisamente el de que tal suceso interrumpe la posibilidad de estudio y progreso en el crecimiento de madres y padres. El testimonio de este joven confirma claramente que ese obstáculo es superable en la Venezuela actual.

Yo sé que el patrón en estos casos es que el hombre huya. La mayoría deserta porque esta sociedad enseña a evadir una responsabilidad así por el bien personal: todo el mundo te dice que no tengas un hijo joven porque vas a cagar tu vida. Y para el hombre es más fácil desertar que para la mujer, que es quien lleva la mayor carga. Y es más fácil desertar la segunda vez si no tuvo problema cuando huyó del primer embarazo. Pero no culpo a quienes salen corriendo porque entiendo lo difícil que es afrontar esto cuando no se está preparado. Pienso que la culpa es de los padres, pues pocos hablan con sus hijos sobre educación sexual. No hay una comunicación fluida sobre esos temas, quizás porque les da miedo que vayan a tener sexo. Tienen que hablar con los chamos, y más si ellos hacen preguntas. A mi hija que ya tiene cinco años, el gran amor de mi vida, trato de inculcarle esa comunicación desde pequeña. El otro día me preguntó por qué no paraban las industrias que contaminaban el planeta. Ella me pregunta cosas así a cada rato porque sabe que le voy a informar.

El sentido ético depositado por la tradición en los significados vividos por la gente no es tanto evitar la paternidad o la maternidad cuanto asumir el compromiso en responsabilidad.

Como ya se ha indicado y sugerido, la mayoría de quienes opinan al respecto ven este fenómeno, que es cultural y que se da en la gran mayoría de nuestras mujeres, especialmente —pero no sólo— en las de origen popular, como muy negativo para las personas y para el mismo país.

Como muestra reproducimos en parte un artículo de Gustavo Roosen, quien ha ocupado cargos relevantes tanto en la política como en los departamentos de personal y de investigación de importantes empresas privadas, amén de haber sido ministro de Educación.

La sociedad venezolana enfrenta la agudización de un drama social: el alto porcentaje de adolescentes embarazadas.

El fenómeno no es nuevo, pero no ha hecho sino acentuarse. Hay al menos dos enfoques para acercarse a la comprensión de su gravedad: uno personal y otro social. En el primero alarman las informaciones relativas a porcentajes de embarazo no deseado, riesgos a la salud y a la vida de la madre, calidad de atención al recién nacido. Pensando en ellas se impone hablar de frustración, depresión, dificultad para conseguir empleo, sentimiento de culpa, en muchos casos rechazo social o familiar y debilitamiento de la autoestima. Niñas antes de los quince, futuras abuelas a los treinta, cae sobre ellas el peso de una vida truncada, con pérdida de oportunidades, negación de porvenir, asunción de responsabilidades más allá de su preparación. En la gran mayoría de los casos el embarazo precoz frustra proyectos de vida y condena a las jóvenes madres y a sus hijos a situaciones de dificultad y pobreza. Desde una perspectiva social, el fenómeno expresa una alarmante condición de pérdida de valores, debilitamiento de la institución familiar e ineficacia del sistema educativo, pero muy especialmente la perpetuación de los círculos de pobreza y exclusión. Para la sociedad representa, además, la pérdida de capacidad productiva, especialmente grave en un país como el nuestro en el que comienza a reducirse el porcentaje de población productiva.

No es ocioso preguntarse por las causas: en primer orden la debilidad del tejido social, la pobreza, la pérdida de valores, la repetición de un patrón de conducta alimentado por la necesidad o la irresponsabilidad, la negación en la práctica del acceso a la educación.

En otro orden, la falta de información adecuada sobre la sexualidad y el uso de métodos anticonceptivos, el rechazo o descuido de los adolescentes respecto de ellos, la falta de orientación.

Están en este texto concentrados todos los supuestos no necesariamente demostrados y todos los juicios previos (por no decir prejuicios) elaborados por una tradición «ilustrada» que poco debe a verdaderas y válidas investigaciones sobre el sentido de fondo que tienen ciertos hechos y ciertas secuencias de conductas.

Identificar, por ejemplo, embarazo juvenil o adolescente con embarazo no deseado y sacar de ahí toda clase de consecuencias negativas, es pretencioso y carece de verdadera base empírica. Los testimonios de vida y las historias-de-vida de mujeres

que fueron madres muy temprano y de jóvenes de reciente maternidad, nos hablan muy al contrario de embarazos bien acogidos, aunque no hayan sido planificados.

Al respecto, es interesante lo que afirmó María Teresa Urbina, presidenta de Plafam, asociación civil de Planificación Familiar, a Wilmer Suárez en su programa *A Calzón Quitao* (Caracas, 23 de mayo 2013 —Noticias24— Radio): «Existe un 50% de adolescentes que no quieren tener un bebé, mientras que un 20% no utilizan anticonceptivos porque sí desean salir embarazadas, por motivo de que les va mal en el colegio y no aspiran a asistir a la universidad, por lo cual ser madres se convierte en su plan de vida». Hay que destacar que «ser madres se convierte en su plan de vida». No será ciertamente lo único que forma el plan de vida de una mujer venezolana en el mundo-de-vida popular, pero sí es el trasfondo cultural sobre el cual se fundamenta todo lo demás. Ya desde la adolescencia se tiene, incluso más allá de la conciencia, ese proyecto de vida en perspectiva. Nada extraño que para algunas se comience a realizar muy temprano.

Atribuir el fenómeno, como casi siempre que se habla del mundo-de-vida popular, a una supuesta pérdida de valores es igualmente fruto de prejuicios. ¿De cuáles valores? ¿Los proclamados, y muchas veces no valorizados en realidad, de la clase media? ¿La madredad venezolana no sería entonces un valor? Dígase otro tanto del proclamado «debilitamiento de la institución familiar». ¿De cuál institución familiar? La familia matricentrada es una institución sólida y bien estructurada. Mientras esto no se reconozca y no se acepte el derecho de la familia matricentrada a existir como tal, se le seguirán atribuyendo toda clase de males, equivocando diagnósticos y pronósticos.

Sobre juicios parecidos se elaboran campañas de prevención del «embarazo precoz», como una presentada en las vitrinas del Centro Comercial Sambil, que parecen diseñadas más que para prevenir el embarazo, para producir «desagrado y vergüenza», como dicen sus impulsores. ¿A qué? Son inseparables el embarazo mismo, el embarazo precoz y las embarazadas que, por supuesto, son del pueblo. Rechazo y desprecio a las jóvenes populares que se embarazan.

Distinta es la posición de algunos profesionales que observan la realidad fuera de prejuicios moralistas. Así, en declaraciones a *El Nacional* (21 de mayo de 2013), el ginecólogo y obstetra Humberto Acosta, director institucional de la ONG Nosotras Elegimos, al indicar que quieren fomentar una cultura preventiva en los adolescentes venezolanos, comenta: «Más que convertirnos en consejeros o ver la sexualidad como un tabú, pretendemos trabajar la autoestima de los adolescentes, fortalecer sus valores y la conciencia de que ellos tienen la opción de elegir su futuro». Quizás no se les ocurre pensar, a quienes forman la ONG, que los adolescentes decidirán su futuro sobre la base de su propio mundo-de-vida y una larga tradición cultural histórica.

No se niega, claro está, que la sociedad mediante la multitud de sus instituciones, tanto públicas como privadas, se esfuerce por evitar y corregir las desviaciones extremas como los embarazos de niñas apenas púberes, pero para una mujer venezolana no puede considerarse precoz un embarazo antes de los diecinueve años, por todo lo que conocemos de la estructura familiar matricentrada, de su manera de producirse y de su mantenimiento y desarrollo.

Dígase lo mismo en cuanto a tratar de reducir y aun eliminar los abusos sexuales que siempre son graves desviaciones, daños a la integridad de las personas e inaceptables delitos en toda cultura. En tal sentido, la presidenta de la Sociedad Venezolana de Ginecología Infanto-Juvenil y especialista del Hospital J. M. de los Ríos, revela su triste experiencia en la incidencia de abusos sexuales contra adolescentes. Según ella, a pesar de que existe un subregistro, como es lógico, en la consulta atienden entre tres y cuatro casos a la semana de niñas que han sido objeto de abusos, cometidos muchas veces por personas adultas, conocidos y familiares.

Si nos atenemos a la historia de la humanidad y en ella a la de la mujer venezolana, lo novedoso no es el embarazo temprano, mal llamado precoz, sino el embarazo tardío, precisamente el que se promueve para después de los diecinueve años. Ésta es una propuesta que va contra lo que ha sido la práctica de la humanidad desde su aparición en la historia. En principio, si la mujer está biológicamente preparada para dar a luz, debe estar previsto en la naturaleza el desarrollo psíquico y de conciencia para que la biología y el resto de los factores humanos estén en condiciones de garantizar que una madre pueda serlo plenamente. Si algo falta, está el ambiente social, de familia y comunidad, para suplirlo. Una mujer está preparada para ser madre una vez que las menstruaciones dan señal de ello. Puede haber casos de inmadurez, no obstante la señal, pero serán siempre casos y excepciones. No se puede sobre ellos construir una norma de conducta general. Los resultados en países que han recurrido al embarazo tardío, y muchas veces muy tardío, como los europeos actuales, están a la vista: infecundidad de hombres y mujeres, disminución de la población, envejecimiento general de la sociedad, con la consiguiente disminución de ciudadanos aptos para el trabajo productivo.

El problema no es de la mujer joven sino de la sociedad actual que no está en capacidad, o no tiene la voluntad, de asimilar adecuadamente a la mujer como madre joven, pero la sociedad pretende cargar la culpa sobre ella. No la puede asimilar porque la necesita incorporada a la estructura productiva y pretende, en todo caso, prepararla para eso y dejarla libre de compromisos familiares y humanos para que se convierta en un adecuado instrumento en la producción. La sociedad actual, en lugar de esforzarse por armonizar ambos aspectos, esto es, la tendencia de la mujer a ser madre tempranamente y las exigencias modernas de la actividad productiva, lo que finalmente parece que por necesidad imperiosa

están intentando hacer algunos países europeos, va contra la práctica de toda la humanidad y elabora una psicología, una teoría médica, obviando, por ejemplo, que a mayor edad de la madre, mayor peligro de anormalidades en el feto, una organización social, una pedagogía, una publicidad, para violentar a la misma naturaleza, a la tradición cultural y a los sentimientos más profundos de la mujer.

A lo largo de la historia ha habido toda una cultura de la fecundidad de la mujer desde temprana edad, coherente también con la esperanza de vida general según los tiempos. Era obvio que cuando la mayor esperanza de vida para una mujer no superaba los cuarenta o cuarenta y cinco años, tener hijos a los treinta era dejarlos abandonados con poca edad en un futuro muy próximo. Hoy, cuando la esperanza de vida en nuestros países es mucho más alta y las exigencias socioeconómicas para la vida son mayores, tiene sentido promover la formación más plena de la mujer y para ello retrasar un tanto el primer embarazo, pero no considerar como tragedia personal y social el embarazo temprano, cargar de culpa por ello a las jóvenes madres y desarrollar costosas, insistentes y en el fondo inhumanas campañas que promueven el desprestigio, la humillación y la exclusión social de buena parte de nuestra juventud.

La experiencia vivida en los sectores populares nos dice que el mejor medio de control de la natalidad es la constitución de parejas estables, incluso en edades tempranas. La mujer que tiene varias relaciones sucesivas con distintos hombres suele tener más hijos porque quiere darle uno a cada uno de los hombres, lo que para ellos aumenta su sentido de machismo. La que logra, en cambio, una relación estable de pareja, con matrimonio o sin él, controla más la natalidad porque depende de una decisión compartida con el esposo.

La tradición cultural venezolana de embarazos muy tempranos, ciertamente tiene sus raíces en épocas anteriores de nuestra historia cuando todo el país estaba constituido por una sociedad predominantemente rural en la que la joven madre tenía en la familia campesina extensa la garantía de la sobrevivencia de su hijo, aparte de que las exigencias para sobrevivir no eran muy grandes y los recursos corrientes se encontraban en el mismo ambiente del campo.

Juana, la mujer campesina de algo más de cien años, a la que ya nos hemos repetidamente referido y cuya historia nos sitúa en la primera década del siglo XX, abandona al hombre con el que vive porque «cuando menos acordé, tenía una muchacha de trece años con una barriga». Ella misma, por su parte, había tenido el primer hijo a los diecisiete años y luego otros dos antes de los veinte.

El día que yo vine a, a, a, bautizar a Rosendo, ese fue el primer hijo mío, tenía diecisiete años yo, ajá, me dijeron la familia de, me suplicaron así que me casara, porque que me hallaron buenamoza, pues, ajá, buenamoza y hermosa, bueno jovencita,

pues, y ellos eran unos negritos morao, buena gente eran esos negritos moraitos, eran ellos pues...

Cuando habla de los hijos, las hijas y los nietos, ya en la ciudad, no da fechas ni edades, menos en un nieto que se junta con una muchacha y ambos tienen trece años.

Se juntó con Milto de trece años también y Milto le dijo a ella que si la mamá los quería obligar a casar, él le dijo a ella: si ella se porta bien yo la voy a recibir pero no me voy a casar, porque ni ella es una mujer ni yo soy un hombre, estaba jovencito él, pero si usted no la quiere yo la recibo y yo la tengo aquí en mi casa hasta el día en que ella me gane el matrimonio; ahora cuando la compañía se casaron. Se casaron, ellos tienen su casa.

Hoy se hace mucho más difícil el mantenimiento y desarrollo de un hijo, tanto por la exigencia de recursos cuanto porque las solidaridades familiares no son las mismas, pero la tradición persiste en nuevas condiciones y con nuevas adaptaciones y eso es necesario tenerlo muy en consideración; la cultura no cambia sin más y más que desaparecer se adapta a nuevas realidades, tanto sociales como económicas.

